

 HARLEQUIN™

Desee™



Una noche de invierno  
**BRENDA JACKSON**

Una promesa por cumplir... Riley Westmoreland nunca mezclaba el trabajo con el placer hasta que conoció a la impresionante organizadora de eventos que había contratado su empresa, Alpha Blake. Cuando Riley se llevó a Alpha a su cama supo que una noche no sería suficiente. Y cuando el pasado de Alpha supuso una amenaza para su relación, Riley hizo lo que haría cualquier Westmoreland: se prometió a sí mismo conquistar el corazón de Alpha... para siempre.

## Capítulo Uno

*Un día helado de principios de noviembre*

Había nevado durante toda la noche y un grueso manto blanco parecía cubrir la tierra hasta donde alcanzaba la vista. La previsión meteorológica en Denver auguraba que la temperatura caería a diez bajo cero a mediodía y que seguiría así durante casi toda la noche. Era la clase de frío que atravesaba los huesos y que congelaba la respiración al exhalar el aire.

A él le encantaba.

Riley Westmoreland abrió la puerta de la camioneta y se detuvo un instante a contemplar sus tierras antes de entrar. Había bautizado La estación de Riley aquellos cien acres siete años antes, cuando cumplió los veinticinco. Él mismo había diseñado la casa del rancho y había ayudado a su construcción clavando con orgullo el primer clavo. Le encantaba la enorme estructura de dos plantas que se alzaba en el centro cubierta de nieve.

Para él la nieve era lo que convertía a Denver en el lugar perfecto para pasar el invierno y la razón de que su casa tuviera chimeneas en las cinco habitaciones además de en el salón. No había nada como acurrucarse frente al fuego o mirar por la ventana para ver cómo caían los copos de nieve del cielo, algo que le fascinaba desde niño. Le gustaba recorrer las montañas con su moto de nieve o ir a esquiar a Aspen.

Riley entró en la camioneta y tras acomodarse en el asiento se puso el cinturón de seguridad. No tenía necesidad de ir a la oficina porque podía trabajar desde casa, pero quería salir, respirar el aire frío y sentirlo en los huesos. Además, tenía una cita importante a mediodía.

Desde que su hermano mayor, Dillon, había rebajado el ritmo ahora que su mujer, Pam, estaba a punto de dar a luz, muchos de sus proyectos en el negocio familiar habían recaído sobre los hombros de Riley. Para algo era el segundo de a bordo de Blue Ridge Land Management, una empresa que formaba parte de las quinientas más punteras del mundo. Lo siguiente que tenía que hacer era organizar la fiesta para los empleados el próximo mes.

La organizadora de eventos que se había ocupado de las fiestas durante los diez últimos años se había jubilado, y antes de que Riley se hiciera cargo del proyecto, Dillon contrató a Imagine, una empresa local organizadora de eventos que llevaba menos de un año en funcionamiento. La dueña de Imagine, una mujer llamada Alpha Blake, había sido la responsable de una gala benéfica a la que Pam asistió en verano. La mujer de Dillon quedó tan impresionada con todos los detalles que le pasó el nombre de la mujer a Dillon.

Riley estaba a punto de arrancar el motor cuando le sonó el móvil.

–¿Sí? –preguntó sacándolo del bolsillo.

–¿Señor Westmoreland?

Riley alzó una ceja. No reconocía aquella voz tan femenina, pero le gustaba cómo sonaba.

–Sí, soy Riley Westmoreland. ¿En qué puedo ayudarle?

–Soy Alpha Blake. Tenemos una cita a las doce en su oficina, pero se me ha pinchado una rueda. Me temo que voy a llegar tarde.

Él asintió.

–¿Ha llamado al servicio técnico de carreteras?

–Sí, y han dicho que estarán aquí en menos de treinta minutos.

«No cuentes con ello», pensó Riley, consciente de lo lento que funcionaba el servicio de carreteras en aquella época del año.

–¿Dónde se encuentra usted, señorita Blake?

–En la carretera de Winterberry, cerca de la intersección con Edgewater. Hay un supermercado no muy lejos, pero no parecía abierto cuando pasé antes por delante.

–Y lo más probable es que no abra hoy. El dueño, Fred Martin, nunca abre el día después de una fuerte nevada –aseguró él, que ya la había situado perfectamente–. Mire, no está muy lejos de donde yo me encuentro. Llamaré a mi seguro para que vayan a cambiarle la rueda. Mientras tanto yo la recogeré y podemos almorzar en McKay's en lugar de vernos en mi oficina, porque McKay's está más cerca. Y después puedo volver a llevarla a su coche. Para entonces la rueda ya estará cambiada.

–Yo... no quiero causarle ningún problema.

–No me lo causa. Sé que usted y Dillon han hablado de algunas ideas para la fiesta, pero como a partir de ahora me voy a encargar yo necesito que me ponga

al día. Normalmente mi secretaria se encarga de estos asuntos, pero está de baja por maternidad y esta fiesta es demasiado importante para dejarla en manos de cualquier otra persona.

No se molestó en decir, porque estaba seguro de que Dillon ya lo había hecho, que iban a celebrar el cuadragésimo aniversario de la empresa que habían fundado su padre y su tío. Aquel no iba a ser un evento importante solo para los empleados, sino para toda la familia Westmoreland.

–De acuerdo, si de verdad no es molestia... –dijo ella interrumpiendo sus pensamientos.

–En absoluto. Salgo para allá.

Alpha Blake se arrebujo en el abrigo sintiéndose completamente frustrada. ¿Qué sabía una persona que había nacido en la soleada Florida del terrible frío de Denver?

Pero estaba tan decidida a no cancelar su cita con Riley Westmoreland que había liado las cosas. Aquello era absolutamente vergonzoso, porque ella quería causar buena impresión. Sí, Dillon Westmoreland ya la había contratado, pero cuando su secretaria la llamó la semana anterior para decirle que iba a trabajar con el segundo de a bordo de Blue Ridge, el hermano de Dillon, sintió la necesidad de causarle una buena impresión a él también.

Encendió la calefacción del coche. A pesar del flujo de aire caliente seguía teniendo frío, demasiado frío, y se preguntó si se acostumbraría alguna vez al invierno de Denver. Era su primer invierno allí y no tenía más opción que aguantarse. Cuando se mudó, pensaba que alejarse lo más posible de Daytona Beach era esencial para su paz interior, aunque sus amigos pensaban que se había vuelto loca. ¿Quién en su sano juicio preferiría el frío Denver a la soleada Daytona Beach? Solo una persona que quisiera empezar una nueva vida y dejar atrás su doloroso pasado.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos cuando una camioneta salió de la calzada para detenerse frente a ella. La puerta se abrió y aparecieron unas piernas largas embutidas en vaqueros con botas. Luego salió de la camioneta un hombre que se la quedó mirando. Ella le sostuvo la mirada a través del parabrisas y no pudo evitar quedarse sin respiración. Hacia su coche se dirigía un hombre tan peligrosamente masculino, tan increíblemente viril, que el cerebro se le quedó momentáneamente entumecido.

Era alto, y el sombrero Stetson le hacía parecer más alto todavía. Pero la altura era secundaria al lado de la viril belleza de las facciones que había bajo el ala del sombrero. Tenía la piel de un color café con leche, los ojos oscuros y penetrantes, la nariz perfecta, los labios carnosos y la barbilla esculpida. Por no mencionar los anchos hombros.

Resultaba difícil creer que, dada la temperatura que hacía, pareciera estar cómodo con una chaqueta de piel en lugar de con un abrigo grueso.

Alpha deslizó la mirada por él mientras avanzaba hacia su coche con paso ágil y al mismo tiempo seguro. Envidió la confianza en sí mismo que exudaba. Sintió los pezones tensos de pronto y cómo la sangre le corría por las venas. Sabía lo que le estaba pasando, pero aun así se sorprendió. Era la primera vez que reaccionaba ante un hombre tras su ruptura con Eddie.

El hombre se acercó al coche y le dio un golpecito a la ventanilla. Alpha contuvo el aliento mientras pulsaba el botón para bajarla.

–¿Riley Westmoreland? –en realidad no hacía falta que se lo preguntara. Se parecía mucho a su hermano Dillon.

–Sí. ¿Alpha Blake? –respondió ofreciéndole la mano a través de la ventanilla mientras la miraba con lo que a ella le pareció un frío interés.

–Sí –Alpha le estrechó la mano y sintió su calor incluso a través de los guantes de piel–. Encantada de conocerle, señor Westmoreland.

–Riley –la corrigió él sonriendo–. El placer es mío –añadió con los ojos brillantes–. He oído hablar maravillas de tu trabajo. Espero que no te importe que te llame Alpha.

–Gracias. Y no, no me importa.

–He llamado al seguro del coche. Deja las luces de emergencia encendidas y las llaves del coche debajo del asiento –dijo dando un paso atrás para que ella pudiera salir del coche.

Alpha se mordió el labio inferior.

–¿Será seguro hacer eso?

Riley se rio.

–Sí, en días así los ladrones no salen –le abrió la puerta del coche–. ¿Lista para subirte a mi camioneta?

–Sí –Alpha dejó las llaves debajo del asiento y agarró el bolso y la bolsa de trabajo. Se arrebujó en el abrigo y se dirigió a toda prisa a la camioneta.

Él le abrió la puerta y Alpha agradeció el calorcito que hacía dentro. Olía como él, un aroma masculino y sexy. Se sonrojó preguntándose por qué estaba pensando en aquellas cosas, sobre todo de un hombre para el que iba a trabajar.

Riley cerró la puerta justo antes de que le sonara el móvil. Ella miró por el espejo retrovisor exterior mientras Riley hablaba y rodeaba la camioneta para subirse en el asiento del conductor.

Abrió la puerta y se subió. Había terminado de hablar. Se puso el cinturón y la miró de reojo sonriendo. Alpha pensó que se iba a derretir allí mismo.

–¿Tienes calor? –le preguntó con voz ronca.

Si él supiera... pero se contuvo y no le dijo nada. Se limitó a responder:

–Sí, gracias por preguntar.

–No hay de qué –miró por el espejo retrovisor antes de sacar la camioneta a la carretera.

El silencio que se hizo a continuación llevó a Riley a pensar que era una mujer tímida. Y envuelta en aquel enorme abrigo y con poco más de uno sesenta de altura, seguramente sería bajita y gruesa. Él las prefería altas, esbeltas y con curvas, pero tenía una cara bonita que llamaba la atención. Sin duda estaba de buen ver. Eso era lo primero en lo que se había fijado. Decidió entonces que no le gustaba el silencio, así que para hablar de algo le preguntó:

–Tengo entendido que eres de Florida. ¿Qué te ha traído a Denver?

Ella ladeó la cabeza para mirarle y lo primero en lo que Riley se fijó fue en sus ojos. Eran de un tono chocolate y tenían forma almendrada. Luego le miró el pelo, de un bonito tono castaño. Los gruesos mechones le caían por los hombros y se rizaban en las puntas. Y luego estaba aquel coqueto hoyuelo de la barbilla, que estaba allí incluso aunque estuviera seria.

–Nunca he sido muy aventurera, pero cuando mi madrina falleció y me dejó suficiente dinero como para cambiar de trabajo sin arruinarme, me aproveché de la oportunidad.

Él asintió.

–¿Y qué hacías antes de convertirte en organizadora de eventos?

–Era veterinaria.

–Vaya. Eso es todo un cambio.

Alpha sonrió.

–Sí, lo fue.

–¿Cómo se pasa de veterinaria a organizar fiestas?

Ella se apartó un mechón de pelo de la cara y dijo:

–Convertirme en veterinaria fue idea de mis padres y yo cumplí sus deseos.

Riley detuvo la camioneta en un semáforo en rojo, lo que le dio la oportunidad de mirar de reojo a Alpha, justo a tiempo para verla morderse el labio inferior y jugar nerviosamente con la pulsera de plata que llevaba en la muñeca.

–Me hice veterinaria para satisfacer a mis padres. Tienen una clínica veterinaria y pensé en unirme a ellos y convertirla en un negocio familiar. Lo hice durante un año, pero me di cuenta de que no estaba entregada a ello. Ellos lo sabían, pero no les gustó que decidiera cambiar de profesión. Sin embargo, aceptaron que organizar eventos era mi vocación cuando organicé la celebración de su trigésimo aniversario de boda.

Ella le miró y sonrió de un modo que le dejó sin aliento.

–Hice trabajo increíble.

Riley se rio.

–Me alegro por ti –hizo una pequeña pausa antes de preguntar–. ¿Eres hija única?

Le pareció que tardaba más tiempo del necesario en responder.

–No. Tengo una hermana.

Riley no dijo nada durante un largo instante y luego decidió cambiar de tema.

–Y dime, ¿qué tienes en mente para la fiesta de nuestros empleados del mes que viene?

Escuchó mientras ella entraba en detalles. Algunos podía seguirlos y otros no.

Alpha debió vérselo en la expresión de la cara.

–Había preparado una presentación de Powerpoint para hoy. Pero como vamos a reunirnos en un restaurante en lugar de en tu oficina, yo...

–Puedes mostrarme la presentación. He llamado para pedir un reservado.

–Eso es estupendo. Aquí traigo todo lo que necesito –dijo dándole un golpecito a la bolsa que llevaba en el regazo.

Eso hizo que Riley mirara hacia abajo. Llevaba unas botas de piel marrón



oscura hasta la rodilla. Alzó la vista y vio que Alpha estaba mirando el paisaje por la ventanilla.

–Nunca había venido a McKay’s por aquí.

Él volvió a mirar hacia la carretera.

–Es un atajo.

–Ah.

Alpha volvió a guardar silencio. Esta vez decidió dejarlo así. Pensó que si ella tenía algo que decirle lo diría.

Alpha no pudo evitar sentir un nudo en el estómago mientras miraba por la ventanilla de la camioneta tratando de ignorar al hombre que estaba al volante. Tendría que haber imaginado que sería impresionante, dado que Dillon no estaba nada mal. Y parecía estar lleno de preguntas. Al menos ya le había preguntado dos que le hubiera gustado no tener que contestar. La razón por la que había dejado Daytona le seguía resultando demasiado dolorosa. Y tras la acalorada discusión que había tenido con sus padres la noche anterior prefería no pensar tampoco en ellos en aquellos momentos.

Apartó Daytona del pensamiento y vio que estaban aparcando en McKay’s.

Alpha se arrebujó en el abrigo mientras se preparaba para bajar del vehículo y enfrentarse otra vez al frío.

Miró a Riley. Él no llevaba guantes y parecía que solo se iba a abrigar con la chaqueta.

–¿No tienes frío? –le preguntó sin poder contenerse.

Él sonrió.

–La verdad es que no. Me gusta el frío. Para mí, cuanto más frío mejor.

Ella se quedó allí sentada mirándole fijamente. Tenía que estar de broma.

–¿Por qué?

Riley encogió sus enormes hombros.

–No estoy muy seguro. Supongo que tengo la sangre demasiado caliente y por eso no me molesta.

–Está claro –murmuró ella entre dientes.

Si la oyó, Riley no lo demostró. Abrió la puerta para salir y Alpha se quitó el cinturón e hizo lo mismo. Entonces resbaló y hubiera caído de bruces si Riley no llega a sostenerla rápidamente.

–Tendría que haberte advertido que tuvieras cuidado. Hay hielo.

Sí, tendría que habérselo advertido. Pero si lo hubiera hecho no habría habido razón para que la rodeara con sus brazos ni para que Alpha se apoyara en él y sintiera el calor de aquel hombre de sangre caliente tan cerca de ella.

–Creo que ya puedo sola –dijo soltándole.

Riley mantuvo una mano firme sobre su brazo.

–Me aseguraré de ello –entonces la levantó del suelo y la tomó en brazos.

Riley entró en el restaurante con Alpha en brazos.

El local estaba abarrotado de clientes porque era la hora de comer, y Alpha creyó que iba a morir de vergüenza cuando mucha gente se les quedó mirando.

–Aquí ya no deberías tener problemas –dijo Riley dejándola en el suelo.

–Gracias –Alpha se negó a mirarle, pero vio por el rabillo del ojo cómo daba un paso atrás.

–Bienvenido, Riley. El reservado que has pedido ya está preparado –dijo la encargada sonriendo con demasiada confianza en opinión de Alpha.

–Gracias, te lo agradezco. Asegúrate de que no nos molesten, Paula.

–No hay problema –dijo Paula haciéndoles un gesto para que le siguieran–. Te hemos preparado el mejor reservado del local –miró hacia atrás y le dirigió a Alpha una mirada de desprecio antes de volverse otra vez hacia Riley–. Porque tú te mereces lo mejor.

Alpha trató de no fruncir el ceño. Parpadeó cuando la puerta se cerró tras ellos y entonces miró a su alrededor. Era una habitación acogedora y espaciosa con una mesa para dos en la esquina. También había una pantalla, un proyector, altavoces y todo lo que necesitaba para la presentación que había hecho sobre la fiesta. Y luego estaba el ventanal, que ofrecía una magnífica vista de las montañas.

–¿Quieres hacerlo primero o prefieres comer antes?

Alpha tragó saliva y aspiró con fuerza el aire.

–Lo que tú prefieras.

–En ese caso le diré a Paula que vamos a comer primero. Estoy muerto de hambre.

Ella asintió distraída mientras le veía quitarse la chaqueta. Aquellos enormes hombros eran todavía más anchos y poderosos de lo que pensaba. En aquel momento comprobó de primera mano lo bien que le quedaban los vaqueros, sobre todo en la parte de los fuertes muslos. Era un cañón en toda regla, un ejemplo de pura masculinidad.

Siguiendo su ejemplo, Alpha se desabrochó el cinturón del pesado abrigo y se lo quitó. Le siguió el grueso jersey de lana, la bufanda que le rodeaba el cuello y otro jersey más.

Se acercó al perchero para colgarlo todo y se masajeó la curva del cuello. El peso de tanta ropa le había hecho mella en los músculos. Se estaba apartando la melena de los hombros cuando se dio la vuelta y se encontró con Riley mirándola con una expresión extraña.

Alpha tragó saliva y se sintió un poco incómoda ante el modo en que la estaba mirando, como si quisiera comérsela con sus penetrantes ojos oscuros.

–¿Ocurre algo? –preguntó humedeciéndose los labios nerviosamente.

–No, no ocurre nada –dijo con tono brusco–. Discúlpame un momento, voy a decirle a Paula que vamos a comer primero.

Alpha le vio marcharse preguntándose de qué iba todo aquello.

Turbado, Riley cerró la puerta al salir y se apoyó contra ella soltando el aire. Todos los músculos del cuerpo le vibraban con un deseo que hacía mucho tiempo que no sentía. ¿De dónde diablos había salido aquella figura llena de curvas?

No podía creer lo que Alpha Blake escondía bajo toda aquella ropa. Se quedó boquiabierto cuando empezó a quitarse toda aquella ropa y finalmente se quedó con un vestido de punto rosa ajustado con un cinturón y con las botas por encima de la rodilla. Resultaba tan femenina que había experimentado una oleada de deseo como nunca antes.

No solo estaba de buen ver: aquella mujer tenía un cuerpo de curvas lujuriosas capaz de volver loco a un hombre. Un deseo afilado como un cuchillo se apoderó de sus sentidos y se le cruzaron por la mente pensamientos completamente inapropiados.

Tenía la cintura estrecha y los senos respingones. Y luego estaban las caderas, suaves y bien formadas. Él era un hombre que bajo ninguna circunstancia mezclaba el trabajo con el placer. Pero en cuanto la vio quitarse toda aquella ropa

deseó lanzar aquella norma por la ventana.

–¿Necesitas ayuda, Riley?

La pregunta de Paula le devolvió de inmediato al presente. Deslizó la mirada por el uniforme negro de encargada que llevaba puesto. Paula Wilmot tenía un cuerpo bonito, pero ni siquiera el suyo podía compararse con el de Alpha Blake. Paula y él habían salido juntos un par de años antes. Cuando llegó el momento de terminar, ella se sintió injustamente tratada. Riley le había explicado, como hacía con todas las mujeres con las que salía, que él no tenía relaciones largas. Sexo sin compromiso. Un mes, seis semanas a lo sumo era el tiempo máximo que mantenía una relación. Así no había tiempo para volverse sentimental. Así funcionaba él. Lo llamaba la regla de Riley. Las mujeres sabían desde el principio a qué atenerse y él lo prefería así.

Y lo que no podía consentir era que una mujer que hubiera accedido a sus condiciones decidiera de pronto que quería un anillo de compromiso en el dedo. Solo le había hecho falta pasar un mes con Paula para ver cuáles eran sus intenciones. Por alguna razón dio por hecho que ella sería la mujer capaz de cambiarle. Y eso no iba a suceder. Riley terminó al instante la relación.

–Sí, por favor, dile a la camarera que mi invitada y yo hemos decidido comer antes de empezar a trabajar.

Paula ladeó la cabeza y frunció el ceño.

–Ya me imagino qué clase de trabajo quieres hacer con ella, Riley –le dijo con sequedad–. Algún día llegará una mujer que te romperá el corazón. Espero estar cerca para verlo.

Riley se pasó una mano por la cara. ¿A qué venía todo aquel drama?

–Bien, me has echado una maldición. Supongo que eso significa que pasaré muchas noches en blanco dándole vueltas al asunto –dijo avanzando para abrir la puerta.

Alpha alzó la cabeza del ordenador portátil cuando escuchó a Riley volver a entrar. Él miró a su alrededor y vio que había preparado la sala para la presentación.

–Pensé que primero íbamos a comer –dijo él.

–Así es. Pero pensé que ahorraríamos tiempo si lo dejaba todo preparado.

Se abrió la puerta y entró un camarero con una jarra de agua y la carta. Entonces pensó que ya le había hecho perder suficientemente el tiempo a Riley por un día y se dirigió hacia la mesa. El camarero les llenó los vasos con agua.

Alpha tomó asiento frente a él y se alegró cuando el camarero le pasó una carta. Necesitaba algo que ocupara su atención que no fuera Riley. Tal vez estuviera equivocada, pero tenía la impresión de que estaba enfadado por algo. ¿Sería por ella?

## Capítulo Dos

Riley se revolvió en el asiento pensando que si Alpha supiera las cosas que se le estaban pasando por la cabeza pensaría lo peor de él. No hacía ni dos horas que la conocía y ya estaba pensando en saltar encima de ella. No, eso era demasiado rápido y brusco. Le gustaría acomodarse entre aquellas piernas y...

Cuando la escuchó aclararse suavemente la garganta se dio cuenta de que el camarero estaba esperando para tomarle la orden. Alzó la vista.

–¿Usted qué va a toma, señor Westmoreland?

–Lo de siempre, George.

–De acuerdo –George se llevó las cartas.

Riley miró a Alpha, que estaba absorta contemplando la belleza de las montañas que se veían a través de las ventanas.

–Son preciosas, ¿verdad? –preguntó mirándola a ella.

–Sí.

Al estar tan cerca de ella podía ver lo impresionante que era. Eso no era nada bueno. ¿Cómo iba a concentrarse en la presentación si lo que quería era concentrarse en ella?

Alpha volvió a beber agua y él hizo lo mismo.

–Bueno, y aparte del frío, ¿te gusta vivir en Denver? –le preguntó.

–Sí. La gente ha sido muy amable conmigo. No esperaba que el negocio arrancara con tanta fuerza.

–Tengo entendido que tu trabajo habla por sí solo. Mi cuñada estaba muy impresionada.

Alpha sonrió.

–Pam es encantadora.

La conversación quedó interrumpida cuando George volvió con los aperitivos.

Alpha aspiró con fuerza el aire. Había hecho muchas presentaciones y sabía que no tenía nada de tímida, pero al estar delante de Riley sentía mariposas en el estómago.

Cuando le miró se dio cuenta de que él la estaba mirando también. Forzó una sonrisa.

–Te prometo que no tardaré más de quince minutos.

–Tómame tu tiempo.

El camarero había limpiado la mesa y les había servido café.

–Lo primero que tenemos que decidir es el tema de la fiesta. Estos son los que se me han ocurrido. Los temas invernales siempre funcionan. Se me han ocurrido unos cuantos –dijo apretando el mando para que la pantalla cobrara vida.

Alpha le miró mientras observaba cada sugerencia. Riley le devolvió la mirada y ella sintió un nuevo nudo en el estómago.

–¿Cuál es tu favorito?

Ella miró a la pantalla.

–Teniendo en cuenta que este año se va a celebrar un baile nocturno en el Hotel Pavilion en lugar de la habitual fiesta de día en la oficina, me gusta Una Noche de Invierno. Tiene un aire mágico.

Una sonrisa le curvó los labios a Riley.

–A mí también. Adelante con ello.

Alpha asintió, emocionada al comprobar que le gustaba el mismo tema que a ella.

–De acuerdo. Hace unos días fui a ver el salón de baile del Hotel Pavilion. Caben más de dos mil personas –dijo mostrando una vista aérea del enorme hotel.

–¿Y ya está confirmado que lo tenemos para esa noche?

–Sí –aseguró Alpha sonriendo–. Están encantados de contar con nosotros. El apellido Westmoreland tiene mucho peso. He pensado que estaría bien crear ambiente convirtiéndolo en un evento de etiqueta –sugirió.

Riley alzó una ceja.

–¿De qué etiqueta?

–Corbata negra. Creo que a tus empleados les gustará. Les hará sentirse especiales. Seguramente no tienen muchas oportunidades para arreglarse. Se sentirán en otro ambiente.

Riley asintió. Ojalá no sintiera aquella química sexual entre ellos hablando de trabajo.

–Aplacemos este asunto durante una semana –sugirió él.

–De acuerdo. Pero necesitare una decisión sobre el vestuario antes de decidir la decoración.

–Lo tendré en cuenta.

–Y lo último, pero no lo menos importante –continuó Alpha cambiando de pantalla–, es el tema del presupuesto. El documento que te di lo explica todo detalladamente. He inflado los gastos pensando en la decoración. Prefiero quedarme corta que luego pasarme –hizo una breve pausa antes de seguir–. Estas son todas mis sugerencias. ¿Hay algo que quieras añadir o cambiar?

Riley negó con la cabeza.

–No, creo que te has explicado muy bien.

–Gracias –Alpha cruzó la estancia para dejar el mando cerca de la pantalla.

Entonces fue cuando se le cayó la pluma y se agachó para recogerla.

Por segunda vez en el día, Riley experimentó un arrebató de deseo tan fuerte que se preguntó cómo iba a poder disimular la reacción de su cuerpo. Se había agachado para recoger la pluma y la tela del vestido se le había pegado de tal forma a la espalda que Riley estuvo a punto de ahogarse con la lengua. Aspiró con fuerza el aire y utilizó la mano para secarse el sudor de la frente.

–¿Necesitas ayuda?

–No, gracias –respondió ella mirándole de reojo antes de volver a lo que estaba haciendo.

Riley siguió allí sentado, deseando que volviera a mirarle, sostenerle la mirada, que sintiera su calor y no pudiera negar la potente química que flotaba entre ellos.

En aquel momento tomó una decisión.

–Tendremos que volver a reunirnos la semana que viene, cuando haya tomado una decisión sobre la etiqueta del baile.

Sabía que Alpha se estaría preguntando por qué tenía que reunirse para hablar de eso si podían hacerlo por teléfono. Pero en lugar de cuestionarle, se



limitó a responder:

–Me parece bien.

–Te llamaré para concertar la cita.

Ella le miró y le sostuvo la mirada. Riley supo entonces que si antes no había sentido la fuerte corriente que discurría entre ellos, desde luego la estaban sintiendo ahora.

–De acuerdo.

Riley observó cómo volvía a ponerse los dos gruesos jerseys, la bufanda, el abrigo y los guantes. ¿Era necesaria tanta ropa? Si quería entrar en calor, lo mejor era el calor humano. El suyo, en concreto.

–Ya estoy lista para irme.

Satisfecho por haber controlado su cuerpo y por que no hubiera señal del deseo que se había apoderado antes de él, Riley se puso de pie.

–¿Tengo que sacarte en brazos? –bromeó.

Ella abrió los ojos de par en par.

–No. Normalmente no soy tan torpe –se disculpó.

–No estás acostumbrada a caminar sobre hielo y superficies resbaladizas, eso es todo.

–Gracias.

–Seguro que tu novio también te llevaría en brazos si resbalaras –dijo lanzando el anzuelo.

–No tengo novio.

–Ah –Riley le puso la mano en la espalda al salir de la estancia.

Aproximadamente una hora más tarde Alpha entró en su casa y se quitó al instante el abrigo, los jerséis y los guantes. Fue entonces cuando echó de menos la bufanda y se dio cuenta de que debía habérsela dejársela en la camioneta de Riley.

Estaba en casa, la casa de la que se había enamorado desde el instante en que la vio. Era la última de una calle sin salida en la que los jardines de atrás daban a las montañas. Era más pequeña que la que tenía en Daytona, pero siempre había pensado que su apartamento de la playa era demasiado grande para ella. Ahora no tenía espacio sin usar y las ventanas de atrás le proporcionaban una maravillosa

vista de las montañas. Sin embargo, había días en los que echaba de menos la playa. Hasta que recordaba que había renunciado a ella por una razón.

Se sentó en el sofá para quitarse las botas.

Instantes más tarde se dirigió descalza con las botas en la mano al dormitorio mientras pensaba en lo que la había llevado hasta Denver.

Eddie Swisher.

Hubo un tiempo en el que creyó que tenía todo lo que ella buscaba en un hombre. Al final descubrió que no era más que una marioneta manejada por sus padres. Nunca olvidaría el día, apenas una semana antes de la boda, en el que apareció en su casa y soltó la bomba. Se había celebrado una reunión familiar y la familia había votado. Habían decidido que no podía casarse con ella a menos que prometiera renegar de Omega, su hermana gemela... la antigua estrella del porno. Después de todo, señaló Eddie, sus propios padres le habían dado la espalda. No entendía por qué ella no hacía lo mismo. Para él no significaba nada que Omega ya no estuviera en el negocio del porno ni que hubiera conocido a un hombre que la adoraba a pesar de su pasado. Era un pasado que ni sus padres ni Eddie podían dejar atrás.

Al menos no había caído al mismo nivel que LeBron Roberts, el chico con el que salía antes de Eddie. Cuando LeBron se enteró de la ocupación de su gemela, dio por hecho que Alpha se transformaría milagrosamente en Omega en el dormitorio. Cuando ella echó por tierra sus esperanzas no tardó ni un instante en dejarla.

Alpha volvió a pensar en Riley. Era todo un hombre, una amenaza para la paz que estaba tratando de encontrar. No le costaba ningún trabajo recordar aquellos preciosos ojos oscuros, las largas pestañas y su manera de sonreír. Nunca se había sentido tan intensamente atraída por ningún hombre. Llevaba la palabra «sexy» a nuevas alturas. Se había sentido atraída por LeBron y Eddie, pero no al mismo grado. Había algo en su voz, en el modo en que la miraba, en su presencia, que la llevaba a pensar en largas noches de invierno... con él.

Se apartó el pelo de la cara pensando que ya había babeado demasiado por un día aunque él no lo supiera. Y era mejor así, porque aquello no llevaba a ninguna parte. Había aprendido bien la lección. Cuando terminó la relación con Eddie prometió no volver a tener nada serio con ningún hombre. No valía la pena tanto dolor.

Guardó las botas en el armario y salió del dormitorio para entrar en el salón. Era pequeño y acogedor. Se acurrucaría en el sofá y buscaría algo interesante en la televisión. O mejor todavía, recordaría los momentos con Riley. Durante un breve

espacio de tiempo se dejaría llevar por la fantasía y luego se levantaría y trabajaría un poco.

Riley estaba sentado en el sofá del salón frente a la chimenea tomando una cerveza fría mientras recordaba su encuentro con Alpha. Ahora que había satisfecho su curiosidad respecto a ella y sabía que era competente podía delegar en cualquiera de sus supervisores para que trabajara con ella. Pero no quería hacerlo, y no entendía por qué. Sobre todo cuando quedaba claro que aquella mujer solo le causaría problemas.

Sabía que tenía la capacidad de distraer a cualquier hombre, y eso era lo último que necesitaba. Ninguna otra mujer había sido capaz de hacer algo así con él, pero tras el encuentro de aquel día creía que Alpha podría hacerlo, tanto física como mentalmente. La idea de considerar siquiera la posibilidad de mezclar el trabajo con el placer era la primera señal de que estaba perdiendo el norte. Se estaba obsesionando con ella, pero tenía la intención de sacársela de la cabeza.

Había aprendido la lección al ver lo obsesionado que estaba Bane, su hermano pequeño, con Crystal Newsome, y cómo se le rompió el corazón cuando los amantes adolescentes fueron separados a la fuerza.

Riley soltó un fuerte suspiro. Bane se enamoró a los dieciocho años de Crystal, que entonces tenía dieciséis. Los padres de Crystal se opusieron desde el principio a la relación y la enviaron lejos de allí, a un destino desconocido.

Riley nunca olvidaría aquel día. Sintió en sus propias carnes el dolor de su hermano aquel día. Sus gemidos le atravesaron por dentro y se preguntó qué tendría el amor para torturar de aquel modo a un tipo duro como Bane. Aquel día juró que nunca lo averiguaría. Ahí fue cuando instauró la norma de Riley.

Agarró la bufanda de lana que Alpha se había dejado en la camioneta y se la llevó a la nariz. Olía a ella. Era un aroma dulce, femenino, seductor. Y aquel olor le recordó el deseo apasionado que se había apoderado de sus sentidos durante el rato que pasó con ella.

Dejó la bufanda a un lado, sacó el móvil y marcó el número que le había entrado aquella mañana. Sintió un nudo en el estómago al escuchar su suave voz.

–¿Hola?

–Alpha, soy Riley. Te has dejado la bufanda en mi camioneta y quiero devolvértela. ¿Vas a estar en casa mañana?

Hubo una leve vacilación y luego ella dijo:

–Sí, pero no tienes por qué venir hasta aquí para devolvérmela, Riley. Tengo más.

–No pasa nada. Quiero asegurarme de que recuperas esta. Vives en Arlington Heights, ¿verdad?

–Sí.

–Voy a estar por ahí mañana sobre las dos. ¿Te viene bien que me pase?

Otra leve vacilación.

–Sí, voy a estar en casa.

–Bien. Hasta mañana entonces.

Riley colgó el teléfono. Estaba haciendo lo correcto al devolverle la bufanda, nada más. El hecho de que tuviera ganas de volver a verla no tenía nada que ver. Volvió a llevarse la bufanda a la nariz. Sí, sin duda quería volver a verla.

–Tendría que haber sido más firme al decirle que no me devolviera la maldita bufanda –murmuró Alpha mirándose en el espejo de cuerpo entero del dormitorio–. Supongo que al ver la cantidad de ropa que llevaba ayer para no pasar frío debió suponer que la necesitaba.

Aspiró con fuerza el aire, se humedeció los labios y se preguntó si debería pintárselos. Si lo hacía podría pensar que se había puesto guapa para él. Frunció el ceño, consciente de que en esencia así era.

Se había levantado temprano, había desayunado, había preparado sus pasteles favoritos de limón, se había duchado y se había puesto una camisa amarillo canario ajustada en la cintura y una falda vaquera por encima de la rodilla. En los pies un par de bailarinas blancas y negras que había comprado antes de salir de Daytona.

–Estoy muy mona, si se me permite decirlo –murmuró. Luego echó la cabeza hacia atrás y se rio. ¿Cuándo fue la última vez que se había tomado tantas molestias para un hombre? ¿Y por qué lo estaba haciendo ahora?

De acuerdo, pensó decidiendo que sí se pintaría los labios.

El otro día había llamado la atención de Riley, le sorprendió haberle pillado mirándola. No esperaba que reaccionara ante ella con tanta fuerza como ella ante él. Y estaba segura de que no se lo había imaginado. Sus ojos lo reflejaban cuando

se dio la vuelta, aunque enseguida fue reemplazado por una expresión recelosa.

–De acuerdo, por primera vez en mucho tiempo me siento una mujer deseable y me gusta –dijo tras aplicarse el lápiz de labios y fruncirlos para ver el efecto.

Estaba apunto de agarrar el cepillo para peinarse cuando escuchó el timbre de la puerta. Riley llegaba pronto. Cinco minutos antes de tiempo. Se miró una última vez al espejo y se apartó el pelo de la cara rápidamente antes de salir del dormitorio. Se dirigió hacia la puerta sin saber si aquellos cinco minutos eran algo bueno o algo malo.

Riley miró a su alrededor. Era una casa bonita. La estructura de estuco con tejado a dos aguas y porche sostenido por columnas iba con Alpha. La zona de Arlington Heights era una de las más antiguas de Denver, pero su casa no parecía tener más de diez años. Era un vecindario muy bonito. Tranquilo. Con las montaña de fondo y los jardines cubiertos de nieve que empezaba a derretirse.

Allí estaba, de pie en la puerta como un adicto ansioso por verla.

¿A quién quería engañar? Quería algo más que verla. Quería tenerla en la cama. No había ninguna razón para negarlo porque era la verdad. Había tratado de dejar de deseirla durante toda la noche y había fracasado estrepitosamente. Finalmente decidió que mientras aplicara la regla de Riley estaría a salvo. Y en cuanto a lo de mezclar el trabajo con el placer, técnicamente no era una empleada de Blue Ridge. Así que si lograba convencerla de su proposición entonces una aventura sería una buena manera de ocuparse de aquel deseo antes de que se obsesionara todavía más con ella.

La escuchó al otro lado de la puerta y supo que le había visto por la mirilla. Y que le había observado de arriba abajo. Él pensaba hacer también lo mismo. Había muchas posibilidades de que hoy no estuviera tan tapada.

Se abrió la puerta y allí estaba ella. Riley tuvo que apretar las mandíbulas para no quedarse boquiabierto. Si el día anterior le parecía que estaba guapa, no estaba preparado para lo impresionante que estaba hoy. Deslizó la mirada por ella y decidió al instante que le encantaba cómo iba vestida.

–Hola, Riley.

–Hola, Alpha.

Ella se humedeció los labios y Riley sintió una punzada en el estómago.

Pensó que tenía una lengua bonita. Estaba deseando probarla.

–¿Has traído la bufanda? –le preguntó Alpha interrumpiendo sus pensamientos.

–Sí –sacó la bufanda del bolsillo–. Aquí está.

Ella la agarró, le dio las gracias y luego añadió:

–¿Quieres pasar? Acabo de hacer café y estaba a punto de servirte una taza con unos pasteles de limón que he hecho.

Riley hizo un esfuerzo por no pasar corriendo delante de ella.

–Suena bien. Sí, me gustaría tomar un café con pasteles.

Alpha se apartó y él entró inhalando su aroma al hacerlo. Era el mismo que el de la bufanda. Miró a su alrededor y admiró los muebles, las molduras, la escalera de madera y las bonitas lámparas del techo. En el salón había una gran chimenea encendida que calentaba la estancia.

–¿Me das la chaqueta?

–Claro –dijo Riley quitándosela para dársela.

Alpha se acercó al perchero y él observó todos sus movimientos. Tuvo que apretar los labios para no silbar. Aquella mujer tenía las mejores piernas que había visto en su vida. Cuando se giró no hizo falta que se hiciera el inocente. Le había pillado mirándole descaradamente las piernas.

Riley se aclaró la garganta.

–Bonitos zapatos.

–Gracias –Alpha bajó la vista para mirarlos–. Son muy cómodos. ¿Quieres tomar el café aquí o en la cocina? Yo lo tomo allí normalmente.

–Entonces en la cocina. Te sigo.

Riley se mantuvo deliberadamente unos cuantos pasos detrás de ella para verle las piernas, la cintura y la espalda. Y no, no le dio ninguna vergüenza. Había más sensualidad en su modo de caminar de la que tenían muchas mujeres en todo el cuerpo, y el hombre que era sentía la necesidad de tomarse su tiempo para apreciarla.

Entró en la cocina y se detuvo.

–¿Cómo tomas el café?

–Solo y lo más fuerte posible –aseguró él tomando asiento en uno de los taburetes.

Alpha sonrió.

–Igual que mi padre. En cambio mi madre prefiere el chocolate caliente, igual que yo.

Alpha le llevó una bandeja con pastelillos de dulce aroma. Tenían un aspecto caliente y delicioso. Igual que ella.

Le dio un sorbo al café. Estaba rico, como imaginaba que estaría ella.

–Está delicioso –dijo dando un mordisco y pensando que le gustaría morderla a ella.

–Tómame otro.

–Gracias –aceptó al instante el ofrecimiento y agarró otro pastelito para llevárselo a la boca.

–Gracias por traerme la bufanda, pero como te dije no hacía falta. Podría haber esperado.

Riley la miró de reojo y pensó que no, que no podía haber esperado. Era uno de esos hombres que cuando tomaban una decisión no había vuelta atrás. Hacía cuatro meses que no tenía una aventura, principalmente porque había estado muy ocupado haciéndose cargo del trabajo de Dillon. Ahora que tenía las cosas bajo control sin demasiado estrés podía buscar tiempo para disfrutar de la vida. Mucho trabajo y poca diversión no era bueno para nadie.

–La razón por la que te he traído la bufanda es porque quería volver a verte, Alpha. Y habría buscado cualquier excusa para hacerlo.

Observó su expresión. Seguramente no esperaba que fuera tan sincero. Pero siempre había sido así al principio de una relación... y al final.

Alpha se humedeció los labios. Estaba empezando a reconocer aquello como una señal de nerviosismo. Ella le sostuvo la mirada durante un instante y luego le dio otro sorbo a su taza de café.

–¿Habrías buscado... cualquier excusa?

–Sí. Somos adultos y no me gustan los juegos. Soy partidario de mostrarme sincero con la mujer que me interesa.

–¿Yo te intereso?

Riley captó la sorpresa en su tono de voz.

–Sí, pero tendrías que haberte dado cuenta después de lo de ayer. Hay mucha química entre nosotros. Apenas podía mirarte durante la presentación sin sentirme excitado.

Tal vez le estuviera dando demasiada información, pero quería que supiera a lo que se estaban enfrentando. Los dos. Porque aunque Alpha no hubiera admitido nada todavía, estaba convencido de que se sentía igual de atraída por él.

Alpha bajó la vista y comenzó a jugar nerviosamente con la servilleta de papel, pero él quería que le mirara para saber qué estaba pensando.

–¿Alpha?

Ella alzó la vista y la mirada que le dirigió le provocó un estremecimiento en la entrepierna. La misma química, la misma electricidad del día anterior estaba presente ahora tanto si le gustaba como si no. Igual de fuerte y poderosa, pero se dio cuenta de que Alpha luchaba contra ella con uñas y dientes. ¿Por qué?

–Nos conocimos ayer –murmuró ella.

Riley asintió. Tenía que pensar en algo mejor. En lo que a él se refería, eso no significaba nada. La gente tenía aventuras de una noche. Él mismo había vivido algunas.

–¿Y?

–Y trabajo para ti.

De acuerdo, ahora estaba intentando esgrimir la carta de la ética, pero no le serviría de nada.

–No, no trabajas para mí, al menos no eres mi empleada. Tienes un encargo de Blue Ridge para un proyecto que termina el mes que viene. Por lo que a mí respecta, eso no tiene nada que ver con lo está pasando entre nosotros.

–Entre nosotros no está pasando nada –afirmó Alpha dándole otro sorbo al café.

Ahora quería negar la mayor evidencia, y tampoco estaba dispuesto a permitirlo. Riley se reclinó en la silla y se la quedó mirando fijamente. Guardó silencio un momento y luego dijo:

–Quiero saber por qué niegas la obviedad.

A ella le temblaron los labios, no supo si por deseo o por furia.

–¿Y qué es lo que te parece a ti tan obvio? –le preguntó con tono pausado.

Riley extendió la mano y la puso sobre la suya. En cuanto lo hizo sintió lo que ella quería negar. Una ardiente espiral de deseo se desencadenó entre ellos y Alpha contuvo el aliento. Riley quería que lo sintiera. Necesitaba que lo sintiera. Y supo por su mirada que así había sido.

–Lo que es obvio, Alpha, es que yo te deseo y tú me deseas a mí.



Alpha no pudo evitar sentir varios nudos en el estómago. Ni tampoco pudo ralentizar el ritmo de su corazón. ¿Qué le estaba haciendo Riley? ¿Qué le hacía sentir? Todas aquellas increíbles sensaciones que nunca había experimentado con anterioridad se estaban apoderando de ella.

Trató de pensar con lógica. Necesitaba que Riley entendiera algo sobre ella.

–Nunca he sido una mujer de relaciones esporádicas, Riley.

–Siempre tiene que haber una primera vez para todo, ¿no crees? –le preguntó él sosteniéndole la mirada como si le estuviera escudriñando el alma.

Sí, había una primera vez para todo, pero ella no estaba segura de estar preparada para una breve aventura. Aunque una parte de ella quería saber por qué no. Se había mudado de Florida a Colorado para empezar una nueva vida. Tenía claro que había superado lo de Eddie. Entonces, ¿por qué contenerse? Riley era guapísimo y muy sexy y se sentía atraída por él. ¿Por qué le daba miedo dejarse llevar?

Riley se inclinó más hacia ella.

–En ese caso propongo que nos tomemos algo de tiempo para conocernos, pero que disfrutemos el uno del otro en el proceso.

A Alpha se le aceleró el pulso. No tenía que preguntar cómo iban a disfrutar el uno del otro. El hombre le estaba pulsando teclas que no sabía ni que tenía.

–Tengo unas normas para todas las relaciones que prefiero dejar claras desde el primer día –añadió Riley.

–¿Qué normas? –preguntó ella alzando una ceja.

–La primera, que tiene que haber un límite de tiempo. Nunca más de seis semanas.

Alpha asintió.

–¿Qué más?

–Tiene que haber exclusividad. Yo no comparto. Tampoco me gusta que me agobien. Tenemos que respetar el espacio vital del otro.

Estaba claro que había tenido problemas en el pasado. Bien, pues con ella no tenía de qué preocuparse en ese aspecto.

–De acuerdo.

–Y si alguno de los dos rompe alguna regla la relación se acaba –afirmó Riley.

Eran unas normas razonables, y sin embargo...

–Tengo que pensármelo –reconoció Alpha.

Al menos estaba siendo sincero diciéndole a la cara lo que quería de una relación.

–Está bien. Como vamos a reunirnos la semana que viene para hablar de la fiesta puedes darme la respuesta entonces. ¿Qué te parece el lunes? Con suerte el tiempo habrá mejorado y podremos vernos en mi oficina. Podíamos quedar a las diez, ¿te parece bien?

–Sí, a las diez en punto.

–Bien –Riley se puso de pie–. Estoy seguro de que tienes mucho que hacer, así que me voy. Gracias por el café y los pastelitos.

Ella también se puso de pie y pensó que la altura de Riley dominaba la estancia. Nunca había pensado que su cocina fuera pequeña hasta ahora.

–De nada.

Riley la tomó de la mano mientras cruzaban el salón para dirigirse a la puerta. Cuando llegaron a la puerta se giró hacia Riley para volver a darle las gracias por haberle llevado la bufanda pero las palabras se le quedaron en la boca. Estaba sonriendo de un modo irresistible que le marcaba los hoyuelos. Abrumada, Alpha trató de mirar hacia el cuadro que colgaba en la pared de atrás, pero él le tomó la barbilla para obligarla a mirarle. Luego le deslizó suavemente las yemas de los dedos por la línea de la mandíbula.

En aquel instante, cuando sus miradas se cruzaron, Alpha sintió una conexión sensual con él. Quería dar un paso atrás pero no pudo. Como Riley había dicho, no podía negar lo que estaba ocurriendo entre ellos.

–Quiero dejarte con algo para pensar.

Alpha no tenía que preguntar de qué se trataba porque lo sabía. El nudo de excitación del estómago se abrió paso por el resto del cuerpo. Riley quería dejar marcada su presencia en ella, y Alpha haría algo más que pensar en ello. Fantasearía al respecto durante años.

El corazón le dio un vuelco cuando le soltó la barbilla para rodearle la cintura con los brazos y colocarle las manos en la parte baja de la espalda. Entonces dio un paso adelante sin dejar de mirarla a los ojos. Había una ardiente determinación en las oscuras profundidades de sus ojos. Y cuando vio que

inclinaba la cabeza, los pies de Alpha se pusieron de puntillas por propia voluntad para recibir sus labios. Todas las increíbles emociones que había experimentado desde que le conoció le nublaron los sentidos.

Riley había admitido que solo quería sexo, pero ella no había decidido todavía si le iba a dar lo que quería. Lo único que le importaba en aquel momento era tener los labios en los suyos y saborearlos. Estaba cansada de luchar contra aquella locura de sensaciones y sentimientos. Quería un alivio, y sabía cuál era el único sitio en el que podía encontrarlo.

Allí mismo, pensó, en el momento en el que la boca de Riley se dirigió directamente a la suya.

Su lengua la embistió con fuerza y ella respondió por instinto. Le rodeó el cuello con los brazos y apretó el cuerpo contra el suyo. Ningún beso la había hecho sentirse nunca así. Riley era un maestro. Exploró primero un lado de su boca y luego el otro. Y lo hacía de un modo tan íntimo que Alpha sintió que se le derretían los huesos.

Le estaba conquistando la boca con avaricia, como si fuera su única oportunidad. Alpha gimió con cada lametón, cada succión y cada embestida.

Estaba convencida de que perdería la cabeza si Riley no dejaba de besarla, pero él no parecía tener prisa por hacerlo. Siguió besándola con más pasión todavía, acariciándola con la lengua de un modo que acrecentó todavía más su deseo. La dureza de su erección se le apretó contra el vientre y Alpha movió el cuerpo para ajustarla en la cuna de sus muslos.

Sabía que quería volverla loca, dejarla marcada. El calor del vientre le estaba descontrolando las hormonas.

Y entonces Riley apartó lentamente la boca de la suya. Seguía mirándola fijamente con los ojos entornados. Alpha trató de impedir que el estómago le temblara como lo estaba haciendo pero no lo consiguió.

–Ahora te voy a hacer una promesa, Alpha. Si estás de acuerdo con lo que he sugerido –le dijo en voz baja y seductora–, me aseguraré de que ambos disfrutemos como ningún otro ser humano lo ha hecho.

Entonces se inclinó y le deslizó suavemente la punta de la lengua por los labios antes de abrir la puerta y marcharse de allí.

## Capítulo Tres

Para Riley aquella había sido la semana más larga de su vida. Por fin había llegado el día en el que volvería a ver a Alpha. En más de una ocasión se había sentido tentado de inventarse cualquier excusa para llamarla por teléfono para preguntarle si había tomado ya una decisión respecto a la aventura que le había propuesto.

Lo averiguaría en un par de horas, cuando se reunieran. Había llegado antes al trabajo, le había dicho a la recepcionista que hiciera pasar a Alpha en cuanto llegara. No tenía sentido hacerla esperar. Él estaba cansado de esperar.

Llamaron a la puerta y supo por los tres toques que se trataba de su hermano Canyon. Tanto él como su otro hermano, Stern, tenían la costumbre de pasarse por el despacho de Riley al comienzo de la jornada laboral. Riley era once meses mayor que Canyon y casi dos años mayor que Stern. Los tres estaban muy unidos de niños, y aunque no siempre estaban de acuerdo en muchas cosas, se tenían mucho respeto. Siempre habían querido trabajar en la empresa familiar cuando acabaran la universidad, y disfrutaban de trabajar mano a mano con Dillon para preservar el legado de su padre y de su tío. Todos sus hermanos trabajaban en algún área de Blue Ridge excepto Micah, que era médico del gobierno federal; Jason, que se dedicaba a la cría de caballos; y el hermano menor, Bane, que estaba en la Marina.

–Adelante.

Canyon, que era uno de los abogados de la empresa, entró a toda prisa con su maletín en la mano.

–Tengo un asunto importante que tratar contigo, Riley. Se trata de la disputa que mantenemos en los tribunales con Shade Tree. Tenemos la primera reunión mañana.

Riley miró el reloj.

–De acuerdo, pero tengo menos de media hora, así que date prisa.

Canyon alzó una ceja.

–¿Tienes que ir a apagar algún fuego?

–No –Riley apartó algunos papeles del escritorio–. Pero tengo una reunión

importante a las diez.

–¿Con quién?

Si Riley no conociera la tendencia inquisitiva de su hermano se hubiera sentido molesto con sus preguntas.

–Voy a reunirme con nuestra organizadora de eventos, Alpha Blake, para hablar de la fiesta del mes que viene.

–Ah –dijo Canyon con una sonrisa burlona, tomando asiento en la silla frente al escritorio.

Riley sabía a qué venía aquella sonrisa. Dillon les había dejado a ambos aquella responsabilidad y ninguno de los dos la quería. Así que al final lo echaron a suertes. Riley no se alegró entonces de haber perdido, pero ahora estaba encantado.

–De acuerdo, Canyon, ¿qué pasa con Shade Tree? –preguntó decidido a desviar la atención de su hermano sobre el tema de Alpha.

–Hoy he hablado con una de sus abogadas. Entró a formar parte de la junta directiva hace un par de semanas, y no te vas a creer de quién se trata. Es Keisha Ashford.

Riley se rascó la cara mientras recordaba.

–¿Es la misma Keisha con la que tuviste una aventura hace unos años?

Canyon se revolvió en la silla.

–La misma que viste y calza.

–Uf –Riley recordó que la historia no había terminado bien.

–Sí, eso mismo dije yo. En cualquier caso se mostró bastante amable.

Riley se rio y se reclinó en la silla.

–Te dije que siempre había que ser directo con las mujeres. Tú pones las normas. Así habrá menos drama al final.

Mientras Canyon decía algo sobre que no todas las mujeres estaban dispuestas a aceptar normas, los pensamientos de Riley se dirigieron otra vez hacia Alpha. Él ya le había expuesto las condiciones y ella podía aceptarlas o rechazarlas.

Deseaba con toda su alma que las aceptara.

Alpha salió del ascensor en el piso cuarenta del edificio de Blue Ridge Management, en el que estaban situados los despachos de los ejecutivos. Recordó la primera vez que subió allí, hacía un mes, para reunirse con Dillon. En cuanto entró en el edificio se sintió impresionada por el lujo.

Le gustaba sentir la gruesa y elegante moqueta bajo los zapatos. Lo primero que le llamó la atención ahora, igual que el primer día, fueron los dos enormes retratos de dos parejas que había en el vestíbulo. Eran los padres de Riley y sus tíos. Los cuatro habían muerto en un accidente de avión. Cuatro bellas personas que murieron jóvenes y dejaron tras de sí descendientes que les querían. A Alpha le gustaba pensar que al ver aquellas fotografías los Westmoreland se llenaban de fuerza para seguir adelante allí donde otros se rendían. Admiraba cómo se habían unido para hacer frente al drama, una respuesta muy distinta a la de su familia.

Consultó el reloj y vio que había llegado diez minutos pronto. El tiempo era mucho mejor que la semana anterior ahora que la tormenta de nieve había pasado.

Alpha trató de ignorar el nudo en el estómago. Aspiró con fuerza el aire cuando llegó a la puerta de Riley, que tenía su nombre grabado en letras doradas. No tenía motivos para estar nerviosa, ya había tomado una decisión. Una decisión con la que podía vivir sin arrepentirse. Tendría una aventura con él porque le deseaba. Seguiría los dictados de su cuerpo. Por una vez en la vida se dejaría llevar por sus deseos. No pensaba tener una relación seria con ningún hombre y sentía curiosidad por ese placer del que Riley le había hablado.

Dejó escapar otro suspiro. Pensar así era una cosa, pero hacerlo otra muy distinta. Abrió la puerta, que daba a un vestíbulo de aspecto elegante. La joven recepcionista sonrió en cuanto la vio entrar.

–¿Señorita Blake? El señor Westmoreland la está esperando –descolgó el teléfono y le anunció su llegada a Riley.

A Alpha le sorprendió que supiera quién era.

No había terminado de pronunciar la última palabra cuando se abrió la puerta del despacho y allí estaba él. Era la primera vez que Alpha le veía de traje. La transformación la dejó sin palabras. Llevaba un traje gris y camisa blanca. La corbata estampada combinaba con ambas prendas y con el tono tostado de su piel. Estaba tan guapo allí de pie, dominando el umbral, que Alpha tuvo que hacer un esfuerzo para calmar su agitada respiración. Pero no pudo hacer nada con la sangre que le discurría a toda prisa por las venas.

Las comisuras de los labios de Riley se curvaron en una sonrisa arrebatadora.

–Señorita Blake.

Ella soltó el aire que estaba reteniendo de forma inconsciente.

–Señor Westmoreland, tengo toda la información sobre el tema que hablamos la semana pasada –aseguró con tono profesional para los oídos de la recepcionista.

Él asintió.

–Bien. Estoy deseando empezar porque tenemos mucho que cubrir –apartó la mirada de ella para dirigirla hacia la recepcionista, que les observaba con interés–. Asegúrese de que nadie nos moleste hasta que hayamos terminado la reunión.

–Sí, señor.

Luego volvió a mirar a Alpha y se echó a un lado.

–Pase, señorita Blake, por favor.

Los pensamientos que se le cruzaron a Riley por la cabeza cuando Alpha pasó por delante de él eran demasiado peligrosos. ¿Por qué tenía que oler siempre tan bien? A limpio, a dulce y a mujer.

Alpha se colocó delante del escritorio y se giró. Él permaneció donde estaba con la espalda apoyada en la puerta cerrada y las manos en los bolsillos. La observó, pensando que rezumaba sensualidad por todos los poros.

–He recopilado más información sobre la fiesta y tengo un presupuesto que...

–Estás muy guapa, Alpha –la interrumpió él.

Cuando empezó a morderse el labio inferior supo que la estaba poniendo nerviosa pero no podía evitarlo. Estaba obsesionado y no quería disimularlo.

–Gracias. Y ahora, ¿podemos centrarnos en...?

–¿En el trabajo? –Riley sacudió la cabeza para negarlo–. No, todavía no.

Se sacó las manos de los bolsillos.

–¿Qué has decidido? –le preguntó resistiendo la tentación de acercarse a ella.

Alpha desvió un instante la vista, y cuando volvió a mirarle dijo:

–Tal vez deberíamos hablar de eso en otro...

–Alpha –su tono impaciente le dio a entender que se olvidara de aquella sugerencia.

–De acuerdo entonces –dijo ella colocando la bolsa sobre el escritorio–. Tenías razón con lo de la fuerte atracción que existe entre nosotros. He pensado en ello y he considerado todos los aspectos de tu sugerencia, aunque como te dije, nunca antes he tenido sexo sin compromiso.

–Pero, ¿has tomado una decisión? –le preguntó Riley al ver que su expresión no revelaba nada.

–Sí.

La esperanza y la angustia se le juntaron en el estómago al mismo tiempo porque no imaginaba qué decisión habría tomado. No dijo nada, se limitó a esperar a que ella siguiera. Alpha se humedeció los labios y levantó la barbilla.

–Estoy de acuerdo, pero yo también tengo unas cuantas normas.

Aquello le sorprendió. Ninguna mujer le había planteado nunca algo así. Se apartó de la puerta y se colocó al lado del escritorio.

–¿Ah, sí?

–Sí. En primer lugar, no quiero que nos precipitemos en nada.

–¿Te refieres a acostarnos juntos? –le preguntó Riley para dejar las cosas claras.

–Sí. Como te he dicho, no estoy acostumbrada a tener aventuras esporádicas, así que voy a necesitar tiempo para acostumbrarme.

Riley se preguntó cuánto tiempo necesitaría. Se suponía que la aventura solo iba a durar un máximo de seis semanas. Pero lo último que deseaba era acostarse con una mujer que estuviera indecisa. Además, había formas de derribar sus defensas.

–Puedo acceder a ese punto.

Alpha asintió.

–Y hay una cosa más –hizo una breve pausa, como si necesitara reponer fuerzas para decir las siguientes palabras–. Se trata de la promesa que hiciste la semana anterior antes de salir de mi casa.

Riley sabía a qué promesa se refería. La recordaba muy bien.

–¿Qué pasa con ella?



–Quiero que la cumplas.

Él no dijo nada. Se limitó a quedarse mirándola. Pero no solo la miraba, pensó Alpha. Lo estaba haciendo de un modo que le provocaba escalofríos en todos los poros de la piel.

–Y ahora, ¿podemos centrarnos en el trabajo y hablar de la fiesta del mes que viene, Riley?

Él sacudió la cabeza.

–No –aseguró mientras se desabrochaba la chaqueta y se aflojaba la corbata antes de dejar ambas prendas en el respaldo de la silla–. Todavía no –entonces, salvando la distancia que había entre ellos, la estrechó entre sus brazos.

Alpha se lo consintió al instante y abrió la boca en cuanto sus labios tocaron los suyos. Y cuando le deslizó la lengua dentro los recuerdos de la última vez que se habían besado se multiplicaron por diez. Estaba convencida de que ningún otro hombre besaba así. Ningún otro hombre podría provocar tanto deseo en una mujer. El calor se apoderó de todas sus terminaciones nerviosas y el estómago se le encogía con cada meticuloso embate de su lengua. Se dio cuenta demasiado tarde de que había estado llevándola hacia atrás. Sin dejar de besarla, la agarró de las caderas para colocarla encima del escritorio. No dejó de devorarle la boca con un ansia que Alpha sintió en todos los rincones del cuerpo. En respuesta le rodeó el cuello con los brazos y se le acercó más, buscando el contacto de su pecho en los senos. Le gustó el modo en que se le endurecieron los pezones.

–Señor Westmoreland, salgo a comer.

El sonido de la voz de la recepcionista a través del intercomunicador rebotó por toda la estancia. Riley apartó la boca de la suya pero la mantuvo a escasos centímetros.

–Espero que eso te guste –le susurró en los labios.

–¿El beso o que tu recepcionista salga a comer?

–El beso.

–Sí.

Riley le recorrió los labios con la lengua antes de decir:

–Bien. Quería darte una muestra de todo el placer que tengo pensado proporcionarte.

–¿Te importa bajarme del escritorio?

Y con la misma facilidad con la que la había colocado allí volvió a dejarla en

el suelo. Estaban muy cerca. Podía sentir su calor por todas partes.

–Tengo una sugerencia, Alpha –le susurró con voz ronca–. Podíamos trasladar la reunión a otro lado, y conozco el lugar perfecto. Vete a casa, ponte algo más cómodo, como vaqueros y botas, y te recogeré dentro de una hora.

–¿Y dónde se supone que vamos a ir?

–A la estación de Riley.

–¿Qué es eso?

–Tú haz lo que te he dicho, ¿de acuerdo?

–Pero esto es una reunión de trabajo, ¿verdad?

Los labios de Riley esbozaron una sonrisa.

–De trabajo y de placer.

Cuando ella abrió la boca para recordarle sus normas, Riley se apresuró a decir:

–Ya lo sé, quieres tomarte las cosas con calma. Lo tengo claro.

Alpha se alegraba de que así fuera. Ojalá su traicionero cuerpo lo tuviera igual de claro que él.

Alpha trató de controlar las mariposas que tenía en el estómago mientras se vestía rápidamente, consciente de que Riley pasaría a recogerla en menos de treinta minutos.

–Esto es una locura –murmuró, poniéndose un jersey granate de cuello en pico–. Solo ha tenido que decir «nos vamos» para que yo le siga.

Se puso de perfil para mirar en el espejo cómo se le marcaban los senos en el jersey. Había sido idea de Omega que se pusiera un sujetador que elevaba el pecho cuando llevara jersey, y tenía que admitir que sus senos parecían más grandes de lo que en realidad eran.

Estaba a punto de pintarse los labios cuando le sonó el móvil. Sonrió al responder.

–Hablando del rey de Roma.

–Eh, ¿y con quién estabas hablando de mí? –le preguntó su hermana alegremente.

–Con nadie, es que estaba pensando en lo que me contaste sobre las maneras de estar más sexy.

–Mmm ¿estás tratando de parecer más sexy? Suena como si hubieras tomado algunas decisiones.

Alpha se apoyó en la encimera del baño. Cuando Omega le llamó la semana anterior estuvo una hora al teléfono contándole a su gemela su encuentro con Riley: lo guapo que era y su sugerencia sobre tener una aventura. Por supuesto, Omega la había animado a lanzarse asegurando que necesitaba reactivar su vida amorosa.

–Sí, he accedido a seguir adelante y él ha accedido a tomárselo con calma.

–Pero no vas a controlar el clímax, ¿verdad?

Alpha alzó una ceja.

–¿Controlar el clímax?

–Sí, supongo que te dejarás llevar por el orgasmo.

Alpha se tapó la boca con una mano para no gritar de la risa. Su hermana podía llegar a ser muy descabellada en ocasiones.

–Compórtate, niña. Y dime, ¿qué tal va el libro? –Omega había decidido escribir un libro sobre su experiencia como estrella del porno.

–Muy bien. Está siendo una terapia maravillosa para mí.

Alpha no dijo nada durante un instante y luego le preguntó:

–¿Echas de menos el negocio, Omega? –nada de lo que sus padres dijeran o hicieran había conseguido que Omega dejara su trabajo hasta que estuvo lista para hacerlo.

–Sé que para mucha gente resulta difícil de entender, Alpha, pero para mí no era más que un trabajo. Un trabajo que necesitaba mientras atravesaba un periodo rebelde de mi vida. No quiero pensar en dónde estaría ni qué seguiría haciendo si no hubiera aparecido Marlon. Él me recordó quién era antes de tomar aquellas decisiones y se mostró dispuesto a amarme por encima de todo.

Alpha quería mucho a su cuñado porque sabía que amaba a Omega independientemente de su pasado. No le importaba nada lo que pensarán los demás. Trataba a su hermana como a una reina. Omega llevaba menos de un año fuera del negocio cuando conoció a Marlon. Alpha sabía que Omega era feliz, se lo notaba en la voz cada vez que hablaban. La única nube negra en su vida era la actitud cerrada de sus padres.

–Lo único que lamento –estaba diciendo Omega– es haberos hecho daño a papá, a mamá y a ti. Tal vez algún día me perdonen. Tú nunca me diste la espalda, incluso cuando papá y mamá trataron de convencerte para que lo hicieras. Ni cuando por mi culpa perdiste al hombre que amabas al elegirme a mí por encima de él.

Alpha estuvo a punto de dejar caer el teléfono.

–¿Quién te ha dicho eso? ¿Cómo lo sabes? –preguntó volviendo al dormitorio y sentándose al borde de la cama–. Te dije que...

–Sé lo que me dijiste, y no era verdad. Eddie y tú no decidisteis cancelar la boda porque os hubierais separado en los últimos tiempos. Me encontré con Eleanor Sloan cuando estuve con Marlon en Nueva York y se acercó a mí creyendo que yo era tú –dijo Omega refiriéndose a su amiga común del instituto–. Me dijo lo mucho que sentía que Eddie hubiera cancelado la boda por culpa de tu hermana Omega.

Alpha echó la cabeza hacia atrás y miró al techo.

–¿Cuándo fue esto?

–Las pasadas navidades.

Alpha volvió a mirar por la ventana y frunció el ceño.

–Y si lo has sabido todo este tiempo, ¿por qué no lo has mencionado? –la acusó.

Omega se tomó un instante para responder.

–No podía decir nada porque sentía tu dolor. Después de cómo había vivido aquellos tres años estaba a punto de casarme con un príncipe de cuento mientras que tú, que siempre habías sido la buena y hacías todo lo que te decían papá y mamá, incluso sacarte un título universitario que no te interesaba para complacerles, terminabas con el sapo. No me parecía justo. La vida es un asco.

Alpha sonrió levemente. La vida era un asco a veces, pero una parte de ella no cambiaría nada. Porque gracias a Marlon las cosas estaban saliendo como Alpha había soñado siempre para su gemela.

Como no quería que Omega sintiera lástima por ella, dijo:

–Sí, debió ser muy duro ser una estrella del porno.

–Ay, Alpha, no hace falta que vayas por ahí.

Sabía que había conseguido cambiarle el humor al escuchar su tono jocoso. Alpha se rio.

–Sí, claro que hace falta. Además, si me hubiera casado con Eddie no estaría teniendo esta aventura.

Omega se rio entre dientes.

–Y dime, ¿este Riley Westmoreland es tan atractivo como me has hecho creer?

Alpha recordó el aspecto que tenía cuando entró en su despacho un poco antes. Para comérselo.

–Créeme, lo es. Y enseguida voy a averiguar lo ardiente que es.

Omega guardó silencio durante un instante y luego preguntó:

–¿Le vas a hablar de mí?

Alpha notó el tono serio en la voz de su hermana. Lo había intentado con LeBron y con Eddie y los dos habían mostrado su verdadera cara.

–¿Por qué tendría que decirle nada? No es una relación formal. Se trata de sexo y de nada más. Además, cuando empezamos a acostarnos dudo que tengamos mucho tiempo para hablar. Recuerda, nada de control del clímax. Y quiero saber si lo del multiorgasmo es real o algo que las actrices pornos hacéis que parezca real.

Omega se rio.

–Qué mala eres. Y créeme, es real... cuando estás con el hombre adecuado.

–Ya veremos. En cuanto a lo de ser mala, finalmente voy a vivir un poco y a divertirme. Y tengo la sensación de que Riley es la persona adecuada para ello.

–No puedo creer que la temperatura haya caído cinco grados.

Riley sonrió al ver a Alpha arrebujarse en el abrigo cuando la acompañó hasta la camioneta y le abrió la puerta.

–¿De qué te quejas, mujer? Se está muy bien aquí fuera.

Ella le miró de reojo antes de acomodarse en el interior de la camioneta.

–No puedo evitar preguntarme qué clase de sangre te corre por las venas. Mírate.

Riley obedeció. Sí, se había dejado la chaqueta en la camioneta. Y se sentía bien. No tenía sentido recordarle que era de sangre caliente. Ya tendría oportunidad de averiguarlo muy pronto. Riley siguió sonriendo mientras cerraba la puerta y luego rodeaba la parte delantera de la camioneta para sentarse al

volante.

–Supongo que he desarrollado algún tipo de tolerancia al frío de Denver – dijo abrochándose el cinturón–. Mi tolerancia al frío tiene a toda mi familia loca. Están convencidos de que moriré de neumonía muy joven.

–Estoy de acuerdo con ellos.

–Recuerdo aquellos días –dijo pensativo.

–¿Qué días? –preguntó ella.

Riley señaló con la cabeza hacia fuera.

–Cuando mis hermanos, mi primo y yo íbamos en autobús al colegio. Mi tía Susan o mi madre nos esperaban en la parada para recogernos. Mis padres tenían una camioneta a la que llamábamos Caballo Loco. Era grande y azul y cabíamos todos dentro.

–Parecen buenos recuerdos.

–Lo son.

–Os admiro a ti y a tu familia, Riley –dijo Alpha en voz baja–. Supe lo del accidente en el que murieron tus padres y tus tíos. Debió ser horrible para todos vosotros.

Riley se quedó mirando hacia delante mientras sujetaba el volante con fuerza y veía cómo los niños bajaban del autobús.

–Lo fue, sobre todo porque muchos teníamos menos de dieciséis años. Los niños creen que sus padres van a estar siempre ahí. Nunca olvidaré el día en que supe que los míos no estarían. Me faltaban solo unos meses para cumplir dieciséis. Mi madre me había prometido una fiesta y estaba deseando que llegara el momento. La vida me sonreía –Riley guardó silencio un instante mientras recordaba–. Y de pronto todo terminó de golpe cuando el avión se estrelló. Les perdimos. Bane no pudo soportarlo y se convirtió en un gamberro. Nadie podía con él. Dillon era el mayor y luego iba Ramsey. Acababan de terminar la universidad. Dillon iba a convertirse en profesional de la NBA y Ramsey pensaba marcharse a Australia para aprender a ser ganadero de ovejas. Los dos tuvieron que renunciar a sus sueños para mantener a la familia unida.

Riley sintió el contacto de Alpha.

–Eh, ¿estás bien?

Alzó los ojos para mirarla.

–Sí. Los recuerdos pueden ser un engorro a veces.

–Sí, lo sé.

Decidió cambiar de tema.

–He hablado con la familia sobre el asunto de la corbata en la fiesta. Les parece bien.

Una enorme sonrisa asomó a labios de Alpha.

–Confiaba en que esa fuera tu decisión. Tengo muchas ideas para que esa noche sea muy especial –Alpha abrió la bolsa cuando se detuvieron en un semáforo y sacó varios documentos–. Tengo otra presentación que mostrarte cuando llegemos. Ahora que te has decidido sobre la etiqueta podemos pensar en un menú acorde.

Durante la siguiente media hora estuvieron tratando más detalles de la fiesta. Y después de hablar del presupuesto, Alpha alzó la mirada de sus notas y miró por la ventanilla.

–Estamos muy lejos de la ciudad, ¿no?

Riley la miró. ¿Desde cuando le excitaba la imagen de una mujer con el pelo recogido en una cola de caballo?

–No muy lejos –ralentizó la marcha para salir de la autopista y tomar otra carretera.

Un enorme cartel decía: «El País de los Westmoreland». Ella le miró de reojo tras leerlo.

Riley se rio.

–Mi tatarabuelo se estableció aquí hace ochenta y tantos años sobre dos mil acres de tierra. Al ser el mayor, Dillon heredó la casa familiar y los trescientos acres que la rodeaban. Los demás recibimos cien acres cada uno cuando cumplimos los veinticinco años.

–Así que todos os quedasteis aquí juntos.

–No tan juntos. Tener cien acres de terreno proporciona bastante privacidad, pero luego está Bailey.

–¿Bailey? –Alpha alzó una ceja.

–Bailey es mi prima, la más pequeña de los Westmoreland de Denver. Todavía no ha cumplido los veinticinco y le gusta ir de casa en casa. Normalmente se queda en casa de Gemma ahora que está vacía porque Gemma está viviendo en Australia.

–¿Gemma es otra prima?

–Sí –Riley decidió que estaría bien ponerla al día–. Por parte de mis padres está Dillon, y luego Micah, que trabaja como científico para el gobierno federal. Se casó en junio, y Kalina y él están esperando un hijo. Ahora mismo viven en Virginia.

Riley redujo la marcha cuando pasaron por otra zona escolar.

–Luego está Jason, que se casó con Bella –se rio–. Ella es de Savannah, y su primer invierno aquí también fue muy duro. Y luego estoy yo y mis hermanos pequeños: Canyon, Stern y Bane.

Alpha alzó una ceja.

–¿No tienes hermanas?

–No. Creo que mis padres querían que Bane fuera niña, pero no pudo ser – Riley tomó la desviación que llevaba a su casa–. Ya estamos en la estación de Riley.

Alpha estaba embelesada cuando se detuvieron en la entrada. Hasta donde alcanzaba la vista estaba rodeada de montañas y arroyos. En el centro de todo aquello había una casa de dos plantas rodeada por un porche. Enormes ventanales cubrían la fachada.

–¿Todo esto es tuyo? –le preguntó bajándose del coche.

Riley le puso las manos sobre los hombros.

–Sí, cien acres. ¿Verdad que es bonito?

¿Bonito? Las palabras no podían empezar a describir la belleza de aquellas vistas. Lo primero de lo que se enamoró cuando visitó Denver por primera vez fue de las montañas. Aparte del frío, Denver era un lugar precioso.

–Ahora entiendo lo de la estación de Riley –dijo mirándole–. De camino aquí he visto los carteles: La Red de Ramsey, La Guarida de Dillon, La Mazmorra de Derringer, El Escondite de Zane, La Gema de Gemma... ¿de dónde diablos han salido esos nombres?

Riley echo la cabeza hacia atrás y se rio mientras la guiaba hacia los escalones de la casa.

–Bailey. Ella pensó que todas nuestras casas necesitaban un nombre y pensó uno para cada uno. Incluso diseñó los carteles. En aquel momento era su proyecto mimado y todos accedimos. Habríamos hecho cualquier cosa con tal de mantenerla alejada de los problemas.

–¿Daba mucha guerra?

–Ni te lo imaginas.



Alpha se echó a un lado para que pudiera abrirle la puerta.

–Bienvenida a mi casa, Alpha.

–Gracias –dijo ella pasando por delante de él para entrar.

Por segunda vez en un mismo día se quedó boquiabierta. Se apartó del vestíbulo y miró a su alrededor. Era una casa preciosa, con muebles impresionantes y una decoración de lujo. Todo el espacio resultaba immaculado.

–Mi prima Gemma es decoradora de interiores e insistió en encargarse de mi casa.

Alpha seguía mirando a su alrededor.

–Me gusta la idea de que todo quede en la familia. Apoyarse unos a otros.

–Así funcionamos los Westmoreland –Riley cruzó la habitación para abrir las persianas de una enorme ventana que daba a una impresionante vista de las montañas.

–Puedes dejar las cosas en mi despacho. He preparado una pantalla – consultó su reloj–. Y mientras tanto yo prepararé la cena.

–¿Sabes cocinar? –Alpha alzó una ceja.

Riley se rio suavemente.

–Sí, cariño. Aprendí a arreglármelas solo al descubrir que cuando las mujeres me invitaban a cenar a su casa tenían otras motivaciones.

Se había quitado la chaqueta y la corbata y estaba en medio de su enorme salón con aspecto sexy y cómodo.

–La cocina está doblando aquella esquina –dijo Riley–. Cuando dejes las cosas en el despacho puedes reunirte conmigo ahí y verás lo bien que cocino.

Riley miró a Alpha, que estaba en la encimera central haciendo el postre: galletas de azúcar. Se le había ocurrido la idea después de descubrir que contaba con todos los ingredientes que necesitaba. No era la primera vez que invitaba a una mujer a su casa, pero tenía que admitir, aunque no quisiera hacerlo, que era la primera vez que sentía que alguien encajaba allí a la perfección.

Apartó de sí aquel pensamiento. No quería indagar en por qué se sentía así. Lo único que sabía era que le gustaba mirar y verla allí.

Después de cenar irían a montar a caballo por la finca. Un pensamiento se le

cruzó por la mente.

–Montas a caballo, ¿verdad?

–No soy *jockey*, pero puedo mantenerme.

Riley dejó lo que estaba haciendo y se dio la vuelta.

–Me alegro, porque después vamos a ir a montar.

–Muy bien –Alpha se encogió de hombros y siguió a lo suyo.

–¿Qué tal vas? –le preguntó con curiosidad.

Había estado muy callada, concentrada hasta que él la interrumpió.

–Estupendamente. Has precalentado el horno, ¿verdad?

–Sí.

–Se cocinan a fuego lento, tardarán una hora más o menos. ¿Quieres que hablemos de la fiesta antes o después de cenar? Solo queda tratar el tema del presupuesto.

Riley asintió.

–De acuerdo.

Riley la vio salir de la cocina sintiendo el pulso acelerado y una creciente erección. Tenía un trasero curvo que le resultaba muy excitante. Dejó escapar un profundo suspiro mientras la sangre se le agolpaba en la entrepierna. En algún momento se acostarían, pero había prometido no precipitarse y no lo haría. Tendría sus seis semanas. Y lo que era más importante: él tendría sus seis semanas. Dudaba mucho que se conformara con menos de eso. Y antes se había tomado su tiempo en la oficina para calcular el momento exacto en el que se acabaría el plazo. Y sería precisamente la noche de la fiesta.

–Bueno, ¿qué te parecen las chuletas?

Alpha miró a Riley, que estaba sentado frente a ella en la mesa. No habían tardado mucho tiempo en repasar el presupuesto y ultimar los detalles menores para que ella pudiera seguir adelante con sus planes. Toda su gente estaba preparada, y ahora que Riley había aprobado sus sugerencias y el presupuesto se pondrían en marcha a toda máquina. Organizaría una fiesta que impresionaría a todos los invitados.

Sonrió.

–Creo que podrías dejar tu trabajo y convertirte en chef. Todo está delicioso.

A juzgar por su sonrisa, Riley parecía contento con el cumplido.

–Gracias. Espera a probar mi guiso de camarones y langosta. Te vas a caer de espaldas.

¿Era una invitación? A ella se lo pareció.

–Lo estoy deseando.

–Y yo estoy deseando probar tus galletas. Huelen de maravilla.

Una hora más tarde Riley estaba mirando por la ventana, esperando mientras Alpha utilizaba uno de los cuartos de baño. Resultaba difícil creer que hubieran pasado cinco horas juntos. Y había disfrutado de cada segundo. Después de cenar habían ido a montar, y Alpha había resultado ser una excelente amazona. Cuando regresaron se comieron las galletas que ella había horneado y bebieron leche. Riley le contó más historias sobre su familia y ella escuchó atentamente, haciéndole preguntas y riéndose con las anécdotas.

Pero se dio cuenta de que ella no hablaba mucho de sí misma ni de su familia. Sabía que era de Florida, que sus padres poseían una clínica veterinaria y que tenía una hermana. ¿Habría algo que la hubiera impulsado a ir a Denver?

–Tienes un cuarto de baño de invitados precioso, Riley. Y enorme. Cabría una cama dentro.

Él se dio la vuelta lentamente.

–Me alegro de que... –lo que fuera a decir se le quedó en los labios cuando sus miradas se cruzaron. Sintió un nudo en el estómago.

Alpha se había hecho algo en el pelo. Ya no lo llevaba recogido de la cara en una coleta, sino que estaba suelto. Una larga melena rizada le caía por los hombros.

Empezó a avanzar hacia ella con decisión. Le sostuvo la mirada, y cuando se detuvo delante de ella extendió la mano y le pasó un dedo por la barbilla. Luego se lo deslizó por el cuello hasta tocarle un mechón de pelo.

–Tienes otro peinado –dijo con voz ronca, disfrutando de la sensación sedosa de sus mechones entre los dedos.

Ella asintió.

–Se me soltó la pinza cuando montaba y pensé que sería mejor guardarla. Es

un regalo de mi hermana y significa mucho para mí. No quiero perderla.

–Me gusta tu pelo. Eres preciosa –Riley le tomó una mano y se la besó sin dejar de mirarla–. Prometí no meterte prisa, pero no tendría ningún reparo en hacerte el amor esta noche. Me siento tentado a hacerlo.

–Entonces será mejor que te aparte de la tentación permitiéndome que me lleves a casa. Así podrás concentrarte en otros asuntos.

Riley esbozó una sonrisa. Ahora estaba utilizando la punta de la lengua para saborearle la piel.

–Sal conmigo este fin de semana. Podemos cenar y luego ir al cine o al teatro –observó la forma de sus labios. Una oleada de calor se le abrió paso en la entrepierna, dándole nuevas ideas–. O mejor todavía, después de cenar podemos venir aquí o ir a tu casa y jugar a algo.

Alpha arqueó una ceja.

–¿Jugar a qué?

–Al juego del placer. ¿No has jugado nunca?

Riley vio cómo se le oscurecía la mirada mientras negaba con la cabeza.

–Te aseguro que te va a gustar –aseguró–. Es muy fácil de jugar y no tiene muchas reglas. ¿Qué te parece si te recojo sobre las siete para ir a cenar? Hay un restaurante cerca del aeropuerto del que me han hablado muy bien y me gustaría llevarte.

–De acuerdo –accedió Alpha sonriendo.

–Y el juego del placer implica que te quedes a pesar la noche aquí o que yo me quede en tu casa. Sin presión. Sin prisas. Si crees que no estás lista para jugar el sábado házmelo saber.

–Lo haré –afirmó ella.

Riley se inclinó hacia ella y le puso la boca sobre la suya.

Cuando Alpha abrió la boca para responder a su beso la estrechó entre sus brazos y la besó con más pasión, consciente de contaría los días que faltaba para volver a estar con ella.

## Capítulo Cuatro

–Vaya, las invitaciones serán preciosas pero sencillas –aseguró Lindsey Hopkins.

La joven madre de veintipocos años ayudaba a Alpha a tiempo parcial. Tenía una enorme sonrisa en la cara cuando miró la pantalla del ordenador por encima del hombro de Alpha–. ¿Las has diseñado tú?

Alpha sonrió, encantada de que a Lindsey le gustaran.

–Sí, se me ocurrió que la idea de una casa de campo en una suave tormenta de nieve sería perfecta para el tema de Una Noche de Invierno.

Y sabía qué casa utilizaría como modelo. La casa de Riley. Le había mencionado la posibilidad cuando la llevó a casa la noche anterior. Él le dijo que no tenía ningún problema al respecto.

Una hora más tarde, Lindsey se marchó para recoger a su hijo y Alpha se dirigía a la cocina para prepararse un sándwich cuando sonó el timbre de la puerta. Cruzó el salón hasta la puerta. Una rápida mirada por la mirilla le hizo saber que se trataba de un mensajero de la floristería.

Abrió la puerta.

–¿Es usted Alpha Blake? –preguntó el hombre.

–Sí.

–Esto es para usted –dijo él tendiéndole un precioso jarrón de cerámica con una docena de rosas.

–Oh, gracias –dijo dando un paso atrás y cerrando la puerta con el pie.

Las rosas inundaron la casa con su dulce aroma. En cuanto dejó el jarrón sobre la mesa sacó la tarjeta, ansiosa por saber quién las enviaba: «Solo faltan dos días. Riley».

Echó la cabeza hacia atrás y se rio. No tenía sentido retrasar lo inevitable. Además, ella nunca había jugado con un hombre en el dormitorio. .

Cuando escuchó cómo llamaban con fuerza a la puerta del despacho, Riley supo quién era.

–Adelante, Canyon.

Su hermano entró echando humo.

–Keisha Ashford no es la misma mujer con la que salí hace tres años. ¿Me oyes, Riley? No es la misma.

Riley se reclinó en la silla.

–Sí, te oigo. De hecho estoy seguro de que toda la planta te ha oído. Parece que la reunión no ha ido bien, ¿no?

–¿Bien? Esa mujer ha tratado de hacerme quedar como alguien que no sabe qué diablos está haciendo.

Una sonrisa asomó a labios de Riley. No estaba acostumbrado a ver a su hermano tan furioso, y saber que se debía a una mujer le resultaba en cierto modo divertido. Sobre todo porque el Canyon que él conocía nunca permitiría que una mujer le obsesionara.

–¿Y lo sabes? –le preguntó viendo cómo se paseaba furioso por delante del escritorio.

Canyon se detuvo y le miró.

–¿Si sé qué?

–Si sabes lo que estás haciendo.

Al principio Canyon pareció sorprendido por la pregunta. Pero luego alzó los hombros en gesto defensivo.

–Diablos, sí. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo pero ella trató de hacerme quedar mal.

A Riley se le borró la sonrisa de la cara.

–¿Y por qué crees que haría algo así? ¿Será porque descubrió que estabas viendo a otra mujer a sus espaldas cuando salíais juntos?

Canyon le miró fijamente.

–No estaba viendo a otra mujer y tú lo sabes. Bonita Simpkins me tendió una trampa y Keisha cayó en ella.

Riley abrió la boca para decir algo pero la voz de la recepcionista en el intercomunicador se lo impidió.

–Señor Westmoreland, la señorita Alpha Blake está en la línea número dos.

–Gracias –miró a su hermano–. Tengo que atender esta llamada.

–Adelante –respondió su hermano encogiéndose de hombros.

Al ver que Canyon se quedaba allí de pie echando todavía humo por su encontronazo con Keisha, Riley se aclaró la garganta y dijo:

–Es una llamada privada.

Canyon alzó una ceja.

–¿Con la organizadora de eventos de la empresa? Por favor, no me digas que te gusta.

–Vale, pues no te lo diré. Cierra la puerta al salir.

Canyon se quedó donde estaba, mirándole con la boca abierta.

–No me lo puedo creer. ¿Qué ha sido de tu política de no mezclar nunca el trabajo con el placer?

–Sigue vigente. No estoy mezclando nada. Cuando trabajamos, trabajamos. Y cuando queremos placer, tendremos placer. Son entidades distintas que no van a mezclarse.

Canyon echó la cabeza hacia atrás y se rio.

–Hablas como un político que se ha saltado las normas y está intentando dar una explicación.

–Adiós, Canyon. Si yo fuera tú me concentraría en encontrar el modo de arreglar las cosas con Keisha Ashford.

Todo atisbo de diversión desapareció del rostro de Canyon al instante.

–Tú ocúpate de tus asuntos que yo me encargaré de los míos.

Esperó a que Canyon saliera y cerrara la puerta para atender la línea dos.

–Hola, Alpha. Siento haberte hecho esperar.

–No pasa nada. Solo llamaba para darte las gracias por las flores. Son preciosas.

–Me alegro de que te gusten –Riley se reclinó en la silla y puso los pies sobre el escritorio–. Y dime, ¿qué has estado haciendo desde la última vez que te vi?

–Diseñar las invitaciones, escoger la decoración y ultimar el menú con el chef. Y aun así he tenido tiempo para asistir a mis clases de baile.

–Suena divertido.

–Lo es. Bueno, no quiero entretenerte. Solo quería darte las gracias por las flores.

–No hay de qué. Buenas noches –se detuvo un instante y añadió en tono más bajo–. Piensa en mí esta noche.

–Lo haré. Nos quedan dos días más.

Riley dejó escapar un profundo suspiro. Sentía la frustración en los huesos. Dos días eran demasiado. Se sintió tentado a sugerir que acortaran el tiempo. Podría pasarse por su casa más tarde. Pero no quería presionarla. De todas formas dijo:

–Estoy deseando verte otra vez. He pensado mucho en ti.

–Yo también he pensado mucho en ti. Adiós, Riley.

–Adiós –bajó las piernas del escritorio y se acercó a la ventana.

Canyon y él habían escogido aquel despacho sobre todo por las vistas. Había nieve en la cima de las montañas y ya sentía la urgencia de ir a esquiar. Tenía planeado un viaje a Aspen en enero y se preguntó si Alpha sabría esquiar. Sacudió la cabeza burlándose de aquel absurdo pensamiento. No podía soportar el frío, así que seguramente nunca se aventuraría en un lugar donde la nieve te llegaba por la cintura y el frío se podía sentir en los huesos.

Pero lo más importante era recordar que su aventura con Alpha habría terminado para entonces.

Por alguna razón, la idea le incomodó.

La noche del sábado había tardado mucho en llegar, pensó Alpha de pie frente al espejo de cuerpo entero en el que se estaba echando un último vistazo. Agradecía que el día anterior hubiera hecho bueno porque así había podido ir de compras. Aquella era su primera cita oficial con Riley y quería llevar todo nuevo, incluido el interior.

Echaba mucho de menos a Omega. Cuando eran adolescentes hacían cosas juntas, sobre todo ir de compras. Tenían un gusto parecido para la ropa, pero en lo referente a la lencería Omega era siempre más atrevida.

Alpha se miró las piernas. Haría más frío después y por eso había decidido llevar botas, un par de ante negro que había comprado el día anterior. Le gustaba cómo se le ajustaban a las piernas, pero sobre todo le gustaba cómo quedaban con



el conjunto que llevaba: una camisa tipo quimono estampada que se le ajustaba a la cintura con un cinturón elástico y una falda de tubo de seda. Había ido por la mañana a la peluquería y se había peinado de otro modo. Sabía que a Riley le gustaba que llevara el pelo suelto y se lo había alisado para que le cayera más allá de los hombros.

Estaba deseando que llegara la noche. Y como cabía la posibilidad de que terminaran en su casa, había preparado el dormitorio. Incluso había comprado sábanas de seda y colocado velas aromáticas por todas partes. Le gustaba cómo había quedado.

El corazón le dio un vuelco cuando escuchó el timbre de la puerta. Miró el reloj y vio que Riley llegaba quince minutos antes. Le echó un último vistazo al dormitorio y le gustó lo que vio. Y confiaba en que a Riley le gustara también si tenía la oportunidad de verlo.

–Espero no llegar demasiado pronto, pero no estaba muy seguro de cómo iba a estar el tráfico en esta zona –dijo Riley cuando fue capaz de recuperar el control de sus sentidos.

Los había perdido casi por completo cuando Alpha abrió la puerta. Estaba absolutamente impresionante.

Un deseo abrasador le consumía. Su cuerpo se excitó al instante. En esta ocasión agradeció llevar puesto un abrigo de cuero largo. Pero estaba completamente centrado en lo que ella llevaba puesto. El conjunto estaba diseñado para marcarle todas las curvas del cuerpo.

–No, no llegas demasiado pronto. Solo tardaré un momento en recoger mi abrigo –dijo Alpha apartándose a un lado para dejarle pasar.

–Tómame tu tiempo.

–Gracias.

Riley observó con admiración masculina cómo se marchaba, excitándose todavía más con el movimiento de sus caderas a cada paso que daba con aquella falda de tubo. Cuando la perdió de vista aspiró con fuerza el aire, consciente de cómo iba a terminar la noche.

Dejaría que ella decidiera dónde quería dormir. A él le daba lo mismo, porque su intención era dormir poco.

–Estoy lista, Riley.

Ya eran dos. El también estaba listo.

–Supongo que ahora debo preguntarte si voy a volver aquí esta noche –dijo Alpha.

Riley vio cómo se le sonrojaban las mejillas y supo que se debía a lo que tenían pensado hacer luego. Sonrió pensando en que más adelante se sonrojaría mucho más si tenía algo de pudor.

Riley se metió las manos en los bolsillos del abrigo.

–Es decisión tuya. A mí no me importa dónde vayamos a hacer el amor.

Una erección estaba empezando a crecerle en exceso. Cuando Alpha se humedeció los labios supo que si no la sacaba de allí al instante acabarían en el suelo.

–Me gustaría volver aquí –murmuró ella sosteniéndole la mirada.

–Pues volveremos. ¿Nos vamos?

Alpha asintió y abrió la puerta. Riley lo agradeció.

–Bienvenido, señor Westmoreland. Su mesa está preparada.

–Gracias, Pierre –dijo Riley entregándole el abrigo al encargado del restaurante.

Mientras Riley la ayudaba a quitarse el abrigo, Alpha le dio las gracias al hombre, que tenía un fuerte acento francés.

–Bienvenida a Les Amores, señorita. Es usted muy bella.

–Gracias –Alpha sonrió ante el cumplido.

El encargado se incorporó y agarró un par de cartas de un estante cercano.

–Por favor, síganme.

Había oído hablar de aquel restaurante desde que llegó a Denver, pero nunca había tenido la oportunidad de comer allí.

Mientras atravesaban el comedor principal siguiendo a Pierre, se fijó en las paredes de adobe con estanterías ornamentales en las que había buenas botellas de vino y cristalería fina. Las mesas estaban cubiertas con manteles de seda roja y velas. En las paredes colgaban cuadros franceses y había una enorme chimenea en medio de la estancia. Pierre les acompañó a una habitación al fondo en la que había dispuesta una mesa para dos. También ahí había una chimenea con el fuego

encendido. Era íntimo y acogedor.

Riley se apresuró a retirarle la silla antes de que Pierre tuviera oportunidad de hacerlo y se inclinó hacia su oído para susurrarle:

–Me encanta tu conjunto, pero estoy desando quitártelo.

Ella no pudo evitar sonrojarse.

Riley tomó asiento y Pierre les ofreció las cartas y les recitó las recomendaciones de aquella noche. Luego Riley pidió un vino. Pierre se marchó y regresó unos minutos después para servirles el vino.

–Les dejaré tiempo para que miren la carta –dijo saliendo de la habitación y dejándoles solos.

Alpha miró su carta.

–Todo parece exquisito. ¿Qué me recomiendas, Riley?

Le escuchó mientras él pronunciaba el nombre de cada plato en un francés que le provocaba cosquillas. Alzó la vista para mirarle a los ojos. En su mirada había una promesa de lo que sucedería más tarde. Una noche ardiente y apasionada llena de placer. Y ella estaba deseando que llegara el momento.

–Entonces, ¿qué te parece, Alpha?

–Dejaré que tú decidas por mí.

Riley asintió sonriendo. Pierre regresó para tomarles la orden y luego se volvió a ir.

Se escuchaba una música romántica y el fuego de la chimenea no solo proporcionaba calor, sino también un ambiente íntimo.

–Es una sala muy bonita –dijo.

–Me alegro de que te guste. Y dime una cosa, Alpha: ¿Sabes esquiar?

¿Por qué le había preguntado aquello?, se preguntó Riley al instante.

–No, no sé.

–¿Te gustaría aprender?

Ella negó con la cabeza.

–Eso implicaría pasar del frío al superfrío.

Riley tendría que haberlo dejado estar pero no podía.

–¿Y si te prometo que te mantendré calentita?

Ella se rio.

–No creo que puedas mantenerme así de calentita, Riley.

Él no dijo nada pero sin quererlo se lo tomó como un desafío.

–Ya veremos –aseguró sosteniéndole la mirada.

Alpha ladeó la cabeza y le miró.

–Cuando tenía siete años, mi padre y mi tío nos llevaron a todos a esquiar para que diéramos clases y aprendiéramos. Estar en las montañas con mi familia fue algo muy especial para mí, es uno de los mejores recuerdos de mi infancia. Tal vez por eso me guste tanto esquiar.

Observó la expresión pensativa de Alpha y se apresuró a añadir:

–Estoy seguro que de que tú también hiciste cosas con tu hermana y tus padres que recuerdas con especial cariño.

Ella apartó la mirada de la suya y le dio un sorbo a la copa de vino.

–Sí, por supuesto.

Riley se dio cuenta una vez más de que no quería hablarle de su familia. No debería importarle, pero sí le importaba, sobre todo porque a él no le costaba hablarle de la suya. Alpha apenas mencionaba a su hermana y solo se le ocurría pensar que no estaban muy unidas.

Apareció Pierre con los aperitivos. Riley miró a Alpha.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

–Sí, adelante –Alpha estaba a punto de pinchar un caracol y le miró con una sonrisa–. Esto tiene un aspecto delicioso.

Riley se alegró de que estuviera disfrutando de lo que él había escogido.

–En realidad son dos preguntas. Me he fijado en que tienes la marca de un anillo en el dedo. ¿Has estado casada?

Ella se quedó paralizada.

–¿Importa eso?

Riley le sostuvo la mirada y sacudió la cabeza.

–No, solo tengo curiosidad.

–No he estado casada nunca, pero estuve prometida hasta hace un año.

–¿Qué pasó? –le preguntó.

Alpha guardó silencio durante un instante y luego dijo:

–Se decidió que el matrimonio no era lo más conveniente para nosotros

después de todo.

Estaba siendo en cierto modo evasiva, y Riley no pudo evitar preguntarse quién había tomado aquella decisión. ¿Su prometido? ¿Ella? ¿Había sido cosa de los dos? ¿Y a él qué más le daba? Le daba lo mismo, solo se alegraba de que gracias a eso pudiera estar esa noche con ella.

–¿Y cuál es la segunda pregunta? –quiso saber ella volviendo a comer.

Riley sonrió. Alpha le estaba haciendo saber que no quería seguir hablando del tema.

–¿Por qué no te gusta hablar de tu familia?

Ella volvió a quedarse quieta.

–Te he hablado de mi familia, Riley. Te he contado que mis padres son veterinarios en Daytona y que tengo una hermana.

–Nunca me hablas de ella –insistió él–. ¿Dónde vive? ¿Está casada? ¿Tiene hijos?

Un brillo extraño le cruzó los ojos a Alpha antes de que bajara la cabeza para morder lentamente un caracol.

–Omega vive en París. Está casada con un hombre maravilloso y están intentando tener hijos.

–¿Estás unida a ella?

–Sí, mucho. Todo lo unidas que pueden estar dos hermanas.

Su curiosidad había quedado saciada. Decidió que los temas de su exprometido y de su familia quedaban cerrados en el futuro a menos que ella los sacara.

–¿Te gustan? –preguntó señalando los caracoles que se estaba comiendo.

–Sí, están deliciosos –le caía un poco de mantequilla por la barbilla.

–Ven, acércate –le dijo Riley agarrando la servilleta para limpiarla.

Pero cuando Alpha se inclinó hacia él cambió de parecer y le limpió la mantequilla con la punta de la lengua.

–Ya está –dijo con voz ronca sonriendo al echarse hacia atrás y ver su expresión de sorpresa.

–Gracias –murmuró ella volviendo a apoyarse en el respaldo de la silla.

–Cuando quieras. Me gusta cómo sabes.

Alpha le dio otro sorbo a su copa de vino.

–No bebas demasiado vino, cariño. Quiero que tengas la mente completamente despejada para luego.

–¿Desean algo más, señor Westmoreland? –preguntó Pierre cuando él y otro camarero terminaron de recoger la mesa.

Tanto Riley como Alpha habían declinado tomar postre.

–No, Pierre, está bien así. Asegúrate de que nadie nos moleste durante el resto de la velada.

–Sí, señor –el hombre se marchó a toda prisa seguido del otro camarero.

Entonces Riley le clavó su oscura y penetrante mirada y ella se derritió en la silla al sentir cómo fluía de él una corriente sexual.

Sentía como si la sangre se le hubiera agolpado en una zona concreta del cuerpo, entre las piernas, y las cruzó. Contuvo al aliento cuando Riley se levantó y rodeó la mesa. Le tendió la mano y le dijo con voz ronca:

–Baila conmigo.

Alpha sintió un nudo en el estómago al escucharle. Descruzó las piernas, se levantó de la silla y él la estrechó delicadamente entre sus brazos, apretándola contra su fuerte y masculino cuerpo.

La canción que sonaba tenía el ritmo perfecto para que sus cuerpos se fundieran mientras se movían con la música. Alpha, que tenía la mano en su hombro y la cabeza apoyada sobre su pecho, podía sentir el rápido latido de su corazón. Al estar tan cerca y con los cuerpos pegados notó que se despertaba en ella algo animal que le recordó lo fuerte que era la química entre ellos.

Sentía cada centímetro de su cuerpo, y cuando Riley movía las caderas ella hacía lo mismo, lenta y metódicamente. El calor se apoderó de ella cuando sintió su fuerte erección contra el vientre. La presión provocó que se le endurecieran los pezones. El deseo se abrió paso entre sus muslos y comenzó a subir, llenándola de un indescriptible anhelo, un ansia sexual que no sabía que podía llegar a sentir.

–¿Estás bien?

El sonido de su voz le desencadenó nuevas sensaciones. Alpha alzó la mirada hacia la suya y gimió interiormente cuando se miró en la oscura profundidad de sus ojos.

–Sí, estoy bien.

Aunque no era cierto del todo. Bailar con un hombre no le había provocado nunca sensaciones tan profundas. Nunca la había llevado a desear cosas que nunca antes había deseado.

Siguieron mirándose a los ojos mientras se movían al son de la música. Cuando una canción dio paso a otra ellos siguieron en el mismo sitio, con los pies firmemente plantados y los cuerpos casi inmóviles mientras él le acariciaba la espalda lentamente. Alpha disfrutó de la sensación de sentirse entre sus brazos.

Cuando no pudo seguir mirándole le volvió a poner la cabeza en el pecho. El calor de su mirada hacía que le resultara difícil respirar. ¿Qué tenía aquel hombre que la llevaba a no rebelarse contra el fuego sino a dejarse arrastrar por él? Deseaba aquella noche. La necesitaba. Y también todas las noches que él quisiera darle... durante seis semanas. Y cuando todo terminara, terminaría. Sin lamentaciones por el amor perdido que debió haber durado para siempre o por el amor que nunca fue. Iba a aquella aventura con los ojos muy abiertos. Ya no era una ingenua.

La canción se fundió con otra y continuaron bailando. Riley la estrechó entre sus brazos con más fuerza. Alpha contenía la respiración cada vez que le deslizaba deliberadamente la pierna entre las suyas, dejándole sentir su erección a través de los pantalones. Sentía cómo se le mojaban la braguitas con cada contacto.

Abrumada por el deseo, echó la cabeza hacia atrás, se miró en sus oscuros ojos y le preguntó:

–¿Qué me estás haciendo?

Riley no se molestó en fingir que no sabía a qué se refería.

–Preparándote para luego.

¿Quién necesitaba preparación? Alpha abrió la boca para preguntárselo, pero él inclinó la cabeza, le deslizó la lengua en la boca y procedió a besarla de un modo que le provocó escalofríos por todo el cuerpo. Comenzó a jugar con su lengua, devorándola como si fuera un hombre dando cuenta de un festín. Ella estaba igual de ansiosa cuando le rodeó el cuello con los brazos mientras se besaban con pasión. No le importó que estuvieran en un lugar público y que al otro lado de la puerta hubiera gente cenando. Tampoco le importó que Pierre y el otro camarero imaginaran lo que Riley y ella estaban haciendo allí. Lo único que le importaba en aquel momento era cómo la estaba besando, despertando en su interior un deseo arrebatador.

Riley apartó la boca y ella pudo tomar el aire que tanto necesitaba. Él hizo lo

mismo y apoyó la frente en la suya.

–Cariño, yo soy quien debería preguntar qué me estás haciendo –susurró contra sus labios, todavía húmedos por sus besos–. Lo único que quiero hacer en este momento es tumbarte sobre la mesa, abrirte las piernas y tomarte como llevo soñando hacer desde hace dos semanas.

A Alpha se le aceleró el corazón al saber que la deseaba tanto como ella a él. Quería experimentarlo todo, y quería experimentarlo con él. Quería vivir muchas noches de sexo alucinante y ardiente sin ataduras y sin conciencia culpable. Viviría aquella aventura como la adulta madura que era.

–¿Estás lista para que te lleve a casa?

–Sí, estoy lista.

Riley se retiró un poco para mirarla fijamente con aquellos ojos oscuros suyos.

–¿Seguro que estás preparada, Alpha? Porque tengo la intención de que esta sea una noche inolvidable.

Eso era con lo que ella contaba. Asintió y decidió dejar a un lado sus inhibiciones definitivamente. Y le devolvió la pregunta.

–Tal vez yo debería preguntarte lo mismo, Riley. ¿Seguro que estás preparado?

Riley le tomó la mano y se la puso en la entrepierna.

–¿Qué te dice esto?

Oh, sí, estaba preparado. Estaba asombrada del tamaño que había bajo la cremallera. Movi6 la mano sobre su erección para sentir la longitud, la forma y la textura.

–Alpha, si sigues así me van a entrar ganas de tomarte aquí mismo.

Algo, no supo qué, la llevó a pronunciar sus siguientes palabras.

–Hazlo.

–¿Qué has dicho? –le preguntó Riley con voz grave y ronca sin apartar la mirada de la suya.

Podía fingir que no había dicho nada, pero no quería hacerlo. ¿Qué sentido tendría? Deseaba a Riley y le deseaba en aquel momento.

Alpha se inclinó hacia él y le susurró:

–He dicho que lo hagas. Hazlo ahora.



A juzgar por el modo en que le cambió el ritmo de la respiración, había captado el mensaje.

–Entonces, tómalo –susurró Riley contra sus labios–. Si lo quieres es tuyo, cariño.

A Alpha le dio otro vuelco al corazón. Le mantuvo la mirada mientras le bajaba lentamente la cremallera y metía la mano en la abertura. Trató de sacar su erección pero tras unos cuantos esfuerzos en vano, Riley le preguntó:

–¿Necesitas ayuda?

Alpha no vio diversión en sus ojos, solo un deseo arrebatador.

–Sí. Por favor.

Riley dio un paso atrás y ella observó cómo se quitaba los pantalones. Aspiró con fuerza el aire cuando le vio y se quedó boquiabierta. Tenía una erección enorme y un preservativo en la mano.

–No me tienes abriendo así la boca, cariño –afirmó poniéndose la protección.

Alpha la cerró, y antes de que pudiera pensar en nada más, Riley se le acercó.

–Ahora levántate la falda, Alpha.

Ella se levantó lentamente la falda, ofreciéndole una imagen de las medias de seda y las braguitas de encaje negro. No estaba muy segura de qué tenía pensado hacer Riley a continuación, pero no esperaba que le bajara las medias por las rodillas.

–Esto es lo que quiero ver –dijo mirando la piel temblorosa que ocultaban las braguitas–. Es tal y como pensé que sería. Eres preciosa.

Alpha tragó saliva.

Como si no le bastara con ver aquella parte de su cuerpo, Riley deslizó los dedos por sus femeninos pliegues e introdujo un dedo para comprobar su grado de humedad. Alpha abrió automáticamente las piernas para que tuviera mejor acceso. Y así lo hizo, penetrándola más profundamente con el dedo.

Le escuchó aspirar con fuerza el aire antes de que dijera:

–Tu aroma me está matando –entonces apartó el dedo de su interior y colocó los labios para succionarla.

Alpha creyó que se iba a desmayar.

–Y también sabes bien.

Antes de que ella pudiera discernir si estaba de broma o en serio, Riley la agarró de la cintura con las manos y la levantó del suelo.

–Rodéame con las piernas –le pidió con voz ronca.

Alpha obedeció, y en cuanto Riley levantó su cuerpo sintió la cabeza de su erección rozándola. Abrió las piernas un poco más y contuvo el aliento cuando la embistió sujetándola con fuerza por las caderas hasta que estuvo completamente hundido en ella.

No era consciente de que un hombre pudiera llegar a tal profundidad.

–Y ahora vamos a bailar así –dijo Riley contra sus labios húmedos.

Y lo hicieron. Mientras sonó la música la sostuvo entre sus brazos con las piernas enredadas en él, sosteniendo su peso mientras estaba firmemente clavado dentro de ella. Alpha le rodeó el cuello con los brazos, moviendo las caderas contra él en pequeños círculos, manteniendo un ritmo sensual al son de la música. La intensa penetración, combinada con los movimientos de sus cuerpos le provocó a Alpha una abrasadora intensidad. Cerró los ojos mientras iba sintiendo cada vez más impulsos eléctricos.

Y luego estaba su olor, limpio y masculino. Riley le agarró los muslos todavía con más fuerza y lo siguiente que Alpha supo fue que tenía la espalda contra la pared. No era consciente de que se habían movido del centro de la estancia.

–No puedo seguir tomándote lentamente –gruñó segundos antes de empezar a embestirla con fuerza, agitando las caderas adelante, atrás y hacia los lados.

Alpha le rodeó con más fuerza con las piernas, convencida de que estaba tratando de volverla loca. Cuando sintió que su cuerpo estaba a punto de hacer explosión, gimió su nombre y estaba a punto de gritar cuando él bajó la boca y le plantó firmemente la suya.

Pero eso no evitó que su cuerpo se hiciera añicos en miles de piezas. Y supo el momento en que el de Riley detonó también. La embistió con más profundidad. Ella le apretó con los músculos haciéndole prisionero.

Aquello era increíble. Riley era increíble.

Disfrutó de la sensación de su cuerpo en el suyo, de la dureza de su pecho contra el suyo. Trató de no gritar pero no pudo contenerse, y una vez más la boca de Riley estaba allí para silenciarla.

Unos instantes más tarde, cuando apartó los labios de los suyos, sus ojos oscuros se miraron en los suyos y leyó lo que le decían; quería más.

Riley permaneció en su interior sin apartar la vista de ella hasta que ambos recuperaron la respiración. Entonces la puso en el suelo y se inclinó para subirle las braguitas y reacomodarle la falda. Luego vio cómo volvía a ponerse los pantalones.

Tras subirse la cremallera, la miró:

–¿Estás lista para jugar a los juegos del placer?

–Más que lista –afirmó ella con una sonrisa satisfecha.

Riley también sonrió.

–Le diré a Pierre que nos traiga los abrigo. Cuanto antes te lleve a tu casa, mejor.

Qué curioso. Ella estaba pensando exactamente lo mismo.

Riley pasó un mal rato tratando de controlarse en el camino a casa de Alpha, principalmente porque ella se lo estaba poniendo difícil. No había llevado la camioneta, sino su Lexus deportivo. La intimidad del coche era mayor de lo que podía manejar, sobre todo porque el aroma de Alpha estaba por todas partes.

La miró aunque sabía que debía mantener la vista en la carretera. Pero le costaba trabajo hacerlo cuando ella se levantaba deliberadamente la falda para mostrar sus muslos morenos. No hacía falta mucho esfuerzo para recordar lo que había sentido al estar entre aquellas piernas, lo que le provocó una dura erección por el deseo de volver a estar allí.

Miró a su alrededor al llegar a un semáforo. Faltaban solo unas semanas para Acción de Gracias y los escaparates de las tiendas ya estaban adornados con motivos navideños.

Riley volvió a mirar los muslos de Alpha. Se había subido la falda unos centímetros más. Él se aflojó la corbata antes de volver a avanzar.

–Te lo advierto, Alpha, si me sigues tentando no vacilaré en parar el coche en la acera y volver a tomarte ahora mismo.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rio como si le resultara imposible imaginar algo así.

–Sería interesante leer mañana en los periódicos que el sheriff o alguno de sus ayudantes nos han pillado –aseguró.

Riley le mantuvo la mirada.

–Créeme, no saldrá en los periódicos. Dillon es muy amigo del sheriff Harper, y no sería el primer Westmoreland al que pillan a un lado de la carretera.

La mente de Alpha recordó lo que Riley y ella habían hecho en el restaurante. Menuda forma de bailar. No creía que pudiera olvidarlo por mucho tiempo que pasara. Cuando estaba entre sus brazos no existía nada más que ellos dos. Sentía como si vivieran en su propio mundo. Nunca había hecho nada tan impulsivo, escandaloso y salvaje. Y cuando hicieron el amor nada menos que contra la pared experimentó unas sensaciones que nunca antes había tenido. ¿Era aquello una prueba de lo que podía esperar de Riley? Tenía la impresión de que con él nunca habría un momento aburrido. Le había prometido placer y más placer, y por el momento lo estaba cumpliendo.

Ningún hombre le había hecho el amor de aquel modo, con tanta intensidad. Y lo mejor era que todavía quedaba más. Mucho más.

Parpadeó al ver que ya habían llegado a su casa y miró de reojo a Riley cuando detuvo el coche en la entrada. Sus oscuros ojos la miraban fijamente. Alpha se preguntó si llegaría el día en que se mirara en aquellos ojos y no se excitara.

Sin decir una palabra, Riley se inclinó sobre ella, le quitó el cinturón de seguridad y luego le alzó la barbilla con la mano.

–Me ha encantado hacerte el amor, Alpha. Y no me voy a disculpar por cómo ha sido ni dónde ha sido.

Ella le sostuvo la mirada. ¿Pensaría que se había quedado callada porque se arrepentía?

–No quiero que te disculpes. Yo quería que pasara –se rio–. Me has dado lo que quería, Riley.

–Me alegro de haberte complacido, cariño.

Alpha no tuvo tiempo de pensar en la facilidad con la que pronunciaba aquella palabra cariñosa porque al instante la estaba besando con una intensidad que le provocó fuego en la entrepierna. ¿Qué tenía Riley que la excitaba hasta el punto de olvidarse por completo de todo?

Cuando dejó de besarla se echó hacia atrás y la miró fijamente. Sintió la intensidad de su mirada hasta los huesos.

–Durante un momento me he preocupado al verte tan callada –confesó.

–Solo estaba recordando los momentos que acabamos de vivir –Alpha sonrió.

Riley parecía complacido con lo que le acababa de decir.

–Entonces déjame que te proporcione más –abrió la puerta del coche y se acercó a su lado.

Alpha trató de insertar la llave en la cerradura sin conseguirlo hasta que Riley se la quitó de las temblorosas manos.

Abrió la puerta y se apartó a un lado para dejarla entrar. Cuando cruzó el vestíbulo en dirección al salón, se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero antes de dejar el bolso en la mesita auxiliar. Miró al otro lado del salón y vio el fuego todavía ardiendo en la chimenea.

Estaba a punto de darse la vuelta para preguntarle a Riley si quería tomar algo cuando sintió su calor detrás. La estrechó entre sus brazos y la atrajo hacia sí. Alpha sintió al instante su cuerpo excitado contra la espalda. Su cálida respiración le rozó la cara cuando susurró:

–Quiero hacerte el amor delante de la chimenea –la soltó para poder girarla entre sus brazos y mirarla a la cara.

–Suena bien –Alpha se puso de puntillas y acercó la boca a la suya.

Quería ser ella la que iniciara el beso, hacerlo de la mejor forma que sabía. Así que dio rienda suelta a la lengua tratando de recordar cómo la había manejado él para volverla loca.

Así que le devoró la boca mientras él permanecía allí de pie, firme como una roca, con las piernas abiertas y los brazos rodeándole la cintura, dejando que Alpha hiciera lo que quería. Nunca le había sabido tan bien la boca de un hombre. Estaba disfrutando tanto que no pudo evitar gemir de placer.

Y de pronto se vio transportada a su pecho mientras él se hacía cargo del beso, hundiéndose en su boca con su lengua exigente. El deseo se apoderó de los sentidos de Alpha, provocándole fuego por todas partes.

Después de aquello no supo cómo se quitó la ropa. Lo único que recordaba era que estaba desnuda observando ansiosa cómo Riley se desnudaba.

Cuando se quitó todo no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando fijamente.

Había visto su erección en el restaurante, pero ahora tenía una visión de la

imagen entera: el fino vello que le cubría el ancho pecho, los bíceps fuertes, las estrechas caderas, los musculosos muslos. Pero se le iban los ojos a la entrepierna y no podía apartarlos de ahí.

Vio que se había puesto otro preservativo, y cuando avanzó su poderoso y desnudo cuerpo masculino hacia ella no pudo evitar preguntarle:

–¿Haces esto muy a menudo?

–¿A qué te refieres? –le preguntó deteniéndose justo delante de ella, colocándole el muslo entre los suyos y rodeándole la cintura con los brazos.

Alpha perdió durante un instante la concentración.

–Llevar siempre preservativos encima –dijo cuando logró recuperarse.

Riley se rio.

–No los llevo encima siempre, solo cuando sé cómo va a terminar la noche. Pero en algunos casos hacer el amor puede ser solo el principio. Una vez estuve a punto de perder la cabeza y meter la pata y decidí que nunca permitiría que algo así volviera a ocurrirme. Es mejor estar protegido que lamentarse.

Riley se inclinó y aspiró el aroma de su pelo.

–Mmm, hueles bien por todas partes.

Sus palabras la devolvieron al momento. Alpha alzó la cabeza para poder mirarle a los ojos.

–Gracias. Tú también.

Riley le pasó la lengua por los labios.

–Y también sabes muy bien. Tengo intención de saborearte entera, y voy a empezar ahora mismo.

Entonces reclamó su boca de nuevo con la fiereza de antes, demoliendo todos los pensamientos de Alpha. Cada beso era más poderoso y exigente que el anterior. La boca de Riley devoraba la suya y no pudo evitar gemir de placer. Besaba de maravilla y desde luego sabía cómo utilizar la lengua.

Estaba tan embebida besándole que no fue consciente de que habían caído de rodillas frente a la chimenea. Riley empezó a besarla en las comisuras de los labios. Ella le subió una mano por el pecho, disfrutando de la sensación de su vello bajo los dedos. Echó la cabeza hacia atrás cuando él le succionó el cuello para luego dirigirse hacia los hombros. Alpha se arqueó instintivamente para apoyarse en los codos, lo que provocó que se le alzaran los senos.

La respiración de Riley le acarició el rostro cuando susurró:

–Me encanta que estés en esta posición, y te voy a demostrar por qué.

Riley estaba seguro de que nunca había deseado tanto a ninguna mujer. Todo en Alpha era perfecto, desde la suave colina de su pecho, con los dos senos más bonitos que había visto en su vida, a la firmeza del vientre, las caderas ondulantes y las largas y torneadas piernas. Sin contenerse, se introdujo un pezón en la boca y comenzó a succionarlo con intensidad, demostrando el voraz apetito sexual que tenía por ella. Con la boca todavía en el pezón empezó a mover la mano, deslizándola por todas partes antes de trazar un camino concreto hacia la unión de los muslos. Le introdujo un dedo dentro y la encontró no solo húmeda, sino empapada. Su gemido de placer le impulsó a penetrar más profundamente y a masajearle el clítoris con caricias circulares.

–¿Qué me estás haciendo, Riley?

Él podía preguntarle lo mismo. La esencia femenina que emanaba de ella le tentaba a comérsela viva. Era una fragancia lujuriosa.

Le soltó el pezón, pero antes de moverse hacia el otro la miró y dijo:

–Te estoy dando placer –se limitó a decir.

No quería seguir hablando, así que se entregó al otro seno con la misma ardiente atención. Sintió la mano de Alpha en la cabeza acariciándole. Y también estaba introduciendo más profundamente el pezón en su boca.

Cuanto más le devoraba los senos y más inhalaba su aroma, más urgencia sexual sentía. Se retiró un poco, sonrió al ver su rostro sonrojado y los ojos entornados. Verla tan estimulada le provocó un deseo primitivo.

Empezó a lamerle el cuerpo hacia abajo. Le gustó sentir su piel en la lengua. Y cuando le hundió la cabeza entre las piernas y reemplazó los dedos por la lengua, Alpha gritó y le clavó las uñas en la espalda. Riley ignoró el dolor y mientras, la lamía, dándole placer con la lengua tal y como había hecho en sueños. Le sostuvo con firmeza las caderas cuando ella se movió de un lado a otro, girando en su boca. Escuchó sus gemidos, que fueron como música sensual para sus oídos.

El temblor de sus muslos fue la primera señal de que se abría paso una explosión en el horizonte. Y cuando Alpha soltó un gemido gutural seguido de un grito agudo, introdujo la lengua más profundamente entre sus femeninos pliegues.

Alpha alzó las caderas todavía más y gritó su nombre.

Cuando se quedó tumbada gimiendo suavemente, Riley se colocó entre sus piernas.

–¿Alpha?

Ella abrió lentamente los ojos y le miró. Un escalofrío le recorrió el cuerpo a Riley. El reflejo del fuego bailaba sobre la piel desnuda de Alpha, haciéndola todavía más bella y deseable.

Ella extendió las manos para sostenerle la cara.

–Ha sido increíble –susurró.

Él quería decirle que no, que lo increíble era ella. Pero en lugar de hacerlo se la quedó mirando a los ojos, se alzó con las manos sobre las caderas y la penetró con un suave embate.

–¡Riley!

–Estoy aquí, cariño, y esta noche tengo intención de montarte salvajemente.

Entonces empezó a moverse, embistiéndola como un maníaco sexual. La habitación se llenó con el sonido de la piel contra la piel, con gemidos y gruñidos, y con las palabras eróticas y perversas que él le susurraba.

Entonces, por tercera vez aquella noche, sintió cómo el cuerpo de Alpha hacía explosión y sus músculos internos le abrazaban con fuerza. Riley echó la cabeza hacia atrás y gimió su nombre mientras continuaba embistiéndola con profundidad y fuerza.

Sintió cómo su propio cuerpo se hacía añicos y trató de contenerse pero no pudo. No era normal que existiera un orgasmo tan poderoso y arrollador.

Aquello era lo que no podía dejar que sucediera. No podía permitir que ninguna mujer le dominara así. Se negaba a ser como Bane. Apartó de sí aquel pensamiento y decidió que aquella noche no se estaba produciendo ninguna dominación. Se estaba volviendo paranoico. Suponía que un sexo tan sublime podía provocar aquello en un hombre. Y aquel sexo sin duda había sido sublime. Se había salido de la escala.

Continuó montándola con fuerza mientras ella le rodeaba la cintura con las piernas. Le tomó la boca y la besó con más deseo del que había sentido nunca por ninguna mujer. Su lengua exigía y demandaba mientras el orgasmo se apoderaba de él, lanzándole a un universo desconocido.

El fuego rugía en la chimenea cuando un poco más tarde se tumbó bocarriba



y estrechó a Alpha entre sus brazos tratando de recuperar el aliento y el ritmo cardíaco.

Ella alzó la cabeza y le miró. Abrió la boca para decir algo y luego cerró los ojos y sacudió la cabeza como si se lo hubiera pensado mejor. Entonces se acurrucó entre sus brazos.

Riley entrelazó las piernas con las suyas y se preguntó qué habría estado a punto de decirle. La miró y vio que ya se había adormilado y respiraba con normalidad. Se levantó un poco, tiró de la manta que cubría el sofá y la colocó sobre sus cuerpos desnudos.

Dormirían un poco, y cuando se despertaran volverían a hacer el amor.

## Capítulo Cinco

–Eh, ¿qué has hecho este fin de semana, Alpha? Apenas puedes mantener los ojos abiertos. No recuerdo haberte visto nunca tan cansada.

Alpha le dio un sorbo a su taza de café y miró a Lindsey, que estaba sentada al otro lado de la mesa. Su ayudante tenía razón, nunca había estado tan agotada.

Pero es que nunca se había enfrentado a alguien como Riley Westmoreland.

Había sido un fin de semana increíble. No solo había pasado la noche del sábado con ella, sino que se había quedado también la noche del domingo. Decir que había sido algo salvaje sería quedarse corto. Por muchos baños calientes que se diera no podía quitarse por completo el dolor de unos músculos que hacía mucho que no utilizaba, y algunos nunca. Estaba convencida de que Riley tenía un manual con todas las posturas sexuales conocidas por la humanidad y algunas que probablemente se había inventado él. Y tras besarla aquella mañana antes de marcharse le había asegurado con aquella sonrisa suya tan sexy que todavía había muchas más.

No hacía falta decir que en un solo fin de semana aquel hombre le había proporcionado más orgasmos que los que había experimentado en toda su vida. No había habido ningún control del clímax.

–Alpha –dijo Lindsey poniéndole un dedo delante de la cara–, vuelve a la Tierra. ¿Y por qué respiras agitadamente? ¿Te encuentras bien?

Alpha dejó la taza de café en la mesa y sonrió.

–Estoy bien, pero reconozco que me siento cansada.

Lindsey se echó hacia atrás.

–Tal vez estés incubando algo, así que si no te importa prefiero no pillarlo. Con tres niños pequeños en casa sería un desastre.

Alpha asintió y decidió no contarle a Lindsey que lo que tenía no era contagioso. Además, aunque tuvieran que decidir los motivos decorativos de la fiesta, no podía concentrarse.

–Sí, tal vez debería volver a la cama y descansar.

–Sí. Pero déjame que te diga que tus ideas para la decoración de la fiesta van a dejar a todo el mundo boquiabierto. ¿Cuándo vuelves a reunirte con Riley

Westmoreland?

Alpha suspiró. No tenía ni idea. Riley había decidido que a no ser que se tratara de una reunión laboral, en el tiempo que pasaban juntos no se podía hablar de trabajo. Su tiempo estaba dedicado exclusivamente al placer.

–Seguramente me reúna con él dentro de una semana aproximadamente.

Media hora más tarde, Alpha se estaba preparando para echarse una siesta cuando sonó el teléfono. El corazón le dio un vuelco al pensar que pudiera tratarse de Riley. Descolgó y trató de ocultar la decepción cuando vio que quien llamaba no era Riley, sino nada menos que Eddie. ¿Por qué la llamaba? Hacía más de un año que habían hablado por última vez. Pensó en no contestar, pero la curiosidad pudo más que ella.

–Hola Alpha, soy Eddie. Vi a tu padre el otro día cuando fui a llevar a Cleo a la consulta y le pregunté por ti. Me contó que te habías mudado a Colorado.

–Sí, estoy viviendo en Denver. Me encanta.

Eddie se rio entre dientes.

–Pero estoy seguro de que odias el tiempo. Los dos sabemos que no te gusta el frío.

Tenía razón. Entonces, ¿por qué había aguantado tanto tiempo con él? Había hecho falta que estuviera con Riley para darse cuenta de que Eddie era frío como el hielo.

–Sí, bueno, a veces aguantamos cosas que no son buenas para nosotros.

Eddie guardó silencio un instante y luego dijo:

–La semana que viene estaré en Denver por un asunto de trabajo y me gustaría verte.

Alpha alzó una ceja.

–¿Para qué? Nada ha cambiado, Eddie. No accedí a tu ultimátum y no queda nada más que decir.

–Estoy empezando a pensar que esa no es la cuestión.

¿Que no era la cuestión? Alpha se apartó el teléfono de la oreja y se lo quedó mirando. ¿Estaba hablando de verdad con Eddie, el hombre que no había dudado en abandonarla una semana antes de la boda porque no dejaba que la controlara?

–Bueno, para mí sí es la cuestión. Tomaste una decisión.

–Ya, pero como ya no te hablas con tu gemela...

¿De dónde diablos había sacado semejante información?

–Eso no es cierto. Omega y yo estamos tan unidas como siempre. ¿Quién te ha dicho esa tontería?

Eddie guardó silencio durante un instante.

–Tu padre.

Alpha sintió un arrebato de ira al escuchar su tono áspero.

–¿Y si te digo que me importa un bledo lo que pienses? Adiós y no te molestes en volver a llamarme.

Colgó, furiosa consigo misma por haber respondido a la llamada de Eddie.

Al meterse en la cama para echarse la siesta no pudo evitar recordar que la última vez que había estado allí fue con Riley. Se apartó un mechón de la cara mientras se tumbaba de lado y apoyaba la cabeza en las manos, preguntándose cuánto tardaría en librarse del dolor muscular. Cuando aspiró el aroma de Riley, que estaba impregnado en la almohada, cerró los ojos y recordó el fin de semana. El deseo se apoderó de ella justo donde más dolorida estaba, entre las piernas. Y supo que estaba deseando volver a verle.

Después de la reunión, Riley regresó a su despacho con Canyon y Stern pisándole los talones. Se dirigió directamente a su escritorio, tomó asiento y miró a sus hermanos fijamente. Estaban en medio del despacho con una sonrisa burlona en el rostro.

–De acuerdo, ¿qué os pasa a vosotros dos? –preguntó.

Stern se cruzó de brazos y se rio entre dientes.

–Nosotros somos los que deberíamos preguntarte qué pasa. Apenas podías mantener los ojos abiertos durante la reunión con Dillon. Creíamos que te iba a llamar la atención por dormirte.

Riley se pasó la mano por la cara con gesto de frustración. ¿De verdad se había quedado dormido en la reunión?

–Has debido tener un fin de semana increíble, Riley –aseguró Canyon mirándole con curiosidad–. Pasé un par de veces por tu casa y al parecer no estabas. Eso significa que has estado fuera todo el fin de semana. La chica con la que estás saliendo debe ser muy apasionada.

Riley se estiró en la silla, agarró un informe del escritorio y en lugar de

responder al comentario de Canyon dijo:

–¿No tenéis cosas que hacer, chicos? Porque yo sí.

–¿Serás capaz de mantenerte despierto? –le preguntó Stern sonriendo.

Riley estaba a punto de pedirle a su hermano que se fuera al diablo cuando llamaron a la puerta y un instante después entró Dillon. Sonrió a sus tres hermanos.

–Bien, estáis los tres aquí. Acabo de recibir una llamada de Mack Owens. Está dispuesto a vender el terreno al que le habíamos echado un ojo en Memphis para construir ese pequeño centro comercial. El viaje durará hasta el domingo porque Mack y su mujer van a celebrar una fiesta el sábado por la noche. ¿Quién quiere ir a cerrar el pacto con Mack?

Riley vio cómo Stern y Canyon reculaban hacia la puerta. Estaba claro que los dos tenían planes para el fin de semana. Pero él también. Había invitado a Alpha al cine el sábado por la noche. Estaba a punto de decirle a Dillon que tenía planes pero cambió rápidamente de opinión. Dillon contaba con ellos para que las cosas funcionaran en la oficina cuando él no estaba. Y si Canyon y Stern tenían otros planes, eso significaba que la responsabilidad caía sobre sus hombros. Si podía convencer a Alpha para que fuera con él, no estaría tan mal ir a Tennessee.

–Yo puedo ir a Memphis, Dillon. ¿Cuándo necesitas que me vaya?

–El jueves, a ser posible.

Riley asintió.

–De acuerdo, no hay ningún problema –miró a Canyon y a Stern y tomó nota de sus expresiones de alivio. Le debían una.

–Bien –Dillon se dirigió hacia la puerta pero se dio repentinamente la vuelta–. Es evidente que estás trasnochando mucho, Riley. Te sugiero que descanses.

–Lo haré.

Cuando Dillon se marchó, Riley miró a sus hermanos.

–La única razón por la que he decidido ir a Tennessee es porque está claro que los dos tenéis planes importantes para el fin de semana.

–Así es, y te agradecemos que te ofrezcas en sacrificio –aseguró Canyon–. Mack Owens es aburridísimo.

–Y ahora, ¿os podéis marchar los dos para que pueda trabajar un poco?

Unos instantes más tarde, cuando sus hermanos salieron del despacho,

Riley se reclinó en la silla. Le costaba trabajo creer que se hubiera dormido en una reunión con Dillon. No había excusa para eso. Sin embargo, era el primero en admitir que había tenido un fin de semana impresionante. Había sido sencillamente increíble. Cerró los ojos mientras los recuerdos eróticos cruzaban por su mente.

Primero habían hecho el amor frente a la chimenea, y luego, cuando les entró hambre, entraron en la cocina para comer algo y terminaron haciendo el amor allí también. Nunca antes había disfrutado tanto haciendo el amor con una mujer que no solo estaba abierta a cosas distintas sino que además era bellísima y llena de energía.

Agarró el teléfono, pero colgó antes de que sonara el primer timbrado. Esperaría a la noche para llamarla y asegurarse así de que no le interrumpieran.

Abrió el archivo en el escritorio y confió en que Alpha accediera a ir a Tennessee con él. Si lo hacía el viaje valdría la pena, de eso estaba seguro.

Aquella noche Alpha estaba sentada en el sofá repasando su libro de detalles para fiestas. Ya que era el cuarenta aniversario de Blue Ridge, los Westmoreland querían que los invitados se marcharan de la fiesta con un detalle que les recordara el significado de aquella noche. Alpha había escogido unos regalos que le parecían perfectos y estaban dentro del presupuesto. Los proveedores con los que había hablado le habían garantizado que todo llegaría a tiempo para la fiesta.

Un tronco se partió en la chimenea y el crujido hizo que levantara la vista. Entonces recordó cómo había hecho el amor con Riley frente al fuego sobre la alfombra. Había sido algo increíble, y el recuerdo le provocaba mariposas en el estómago.

Se levantó y se estiró. Se sentía bien después de haber descansado en la siesta. No estaba tan dolorida como por la mañana, y eso era algo bueno. Al día siguiente tenía una cita a las once en punto con la nieta de una pareja que iba a celebrar su septuagésimo aniversario de boda el día de San Valentín. Y el miércoles se iba a reunir con una mujer que iba a celebrar sus cincuenta años con una fiesta en abril.

Omega había llamado unas horas antes para que le contara cómo había ido el fin de semana con Riley. Por supuesto, Alpha no le había dado a su hermana todos los detalles, pero le había contado lo suficiente como para que Omega llegara

a sus propias conclusiones. No le contó lo de la llamada de Eddie porque no quería entristecer a su hermana. Pero Alpha tenía intención de hablar con su padre.

Estaba a punto de dirigirse a la cocina a por una taza de chocolate caliente cuando sonó el teléfono. Se inclinó para recogerlo de la mesa.

–Hola.

–Esta vez te has pasado, Alpha. La única razón por la que Eddie te llamó fue porque hablé con él aquel día y le dije que te encantaría saber de él.

Alpha suspiró profundamente al escuchar la voz de su padre.

–No tenías derecho a decirle que Omega y yo no nos hablamos cuando sabes que eso no es verdad, papá. Las cosas entre Eddie y yo han terminado. ¿No puedes aceptarlo?

–Volverá contigo si haces lo que te pide. No deberías dejar que tu hermana se interponga entre el hombre que amas y tú.

Alpha apretó los dientes y se contuvo para no decirle a su padre lo injusto que siempre había sido con su otra hija.

–Te dejaré para que puedas pensar en ello, Alpha –le dijo colgando el teléfono.

No era la primera vez que lo hacía. Volvió a sonar, y tampoco sería la primera vez que volvía a llamarla para seguir reprendiéndola, pero tenía una noticia para él. Descolgó el teléfono.

–Escucha, papá, me da igual lo que tú quieras. Eddie y yo no vamos a volver. Estoy saliendo con otra persona que es más hombre de lo que será nunca Eddie.

Se hizo un silencio y entonces una voz grave y profunda dijo:

–Me alegro de que pienses así.

Alpha cerró los ojos. Maldición.

No sabía qué la había llevado a agarrar el teléfono y decir lo que había dicho, pero estaba claro que su padre y ella mantenían una conversación interesante antes de que él llamara. Y también estaba claro que su padre apoyaba completamente a su exprometido.

–Lo siento. Creí que eras mi padre.

–Entiendo –esperó a ver si se explicaba un poco más.

Pero ella cambió de tema diciendo:

–Me sorprende que hayas llamado. No esperaba saber nada de ti hasta el fin de semana.

–Sí, ese era mi plan, pero ha surgido algo. Tengo que viajar a Memphis el jueves y no volveré hasta el domingo.

–Ah.

–Te llamaba para decírtelo y para preguntarte si querías venir a Memphis conmigo.

Se hizo una pausa y luego dijo:

–¿Quieres que vaya de viaje contigo?

–Sí. Tengo una reunión el viernes por la mañana y el sábado por la noche tengo que asistir a un evento social. Me gustaría que vinieras conmigo. Pero si no puedes lo entenderé.

–No, me encantaría ir.

Riley dejó escapar el aire que no sabía que estaba reteniendo.

–Eso es estupendo. Volaremos el jueves al mediodía. ¿Has estado alguna vez en Memphis?

–No.

–Entonces me gustará enseñártelo. Yo he estado muchas veces.

–Suena divertido. Me apetece mucho ir.

Había llamado por otro motivo. Algo le tenía preocupado desde que se despidió de ella.

–¿Te encuentras bien?

–Sí, estoy bien.

–Me alegro –por alguna razón no estaba preparado para poner fin todavía a aquella conversación–. Y dime, ¿qué has hecho hoy?

La escuchó mientras hablaba y le gustó cómo sonaba. Había vuelto a casa, se había duchado y estaba sentado en el sofá del salón con las piernas estiradas, solo en la oscuridad y hablando con ella. Se había pasado por casa de su hermano Jason para cenar y había disfrutado el rato que estuvo con él, su mujer y los gemelos.

–Me alegro de que te hayas podido echar una buena siesta –dijo lamentando



no haber estado allí con ella.

Hablaron durante un rato más, ella le contó lo de los regalos de recuerdo de la fiesta. Y siguieron hablando de más cosas, incluida la liga de fútbol americano.

Cuando Riley miró el reloj de la mesilla vio que era más de medianoche.

–Lo siento –dijo levantándose para estirarse–. Es la tercera noche que te hago trasnochar.

–No hace falta que te disculpes, Riley.

Le gustó el modo en que pronunció su nombre. Aunque le gustaba más cuando lo gritaba en medio de un orgasmo, como había hecho muchas veces durante el fin de semana.

–Bueno, no te entretengo más. Me ha gustado mucho hablar contigo. Y me apetece mucho nuestro viaje a Memphis.

–A mí también me ha gustado hablar contigo, y estoy deseando que llegue el jueves.

Cuando colgó, Riley supo que estaba ocurriendo lo único que no quería que sucediera.

Se estaba obsesionando con Alpha Blake.

## Capítulo Seis

–Bienvenidos al Peabody, señor y señora Westmoreland.

Alpha miró a Riley, que estaba a su lado, y se preguntó si corregiría el error del recepcionista del hotel. No lo hizo. Se limitó a sonreír y a guiñarle un ojo a ella.

–Gracias –dijo tomando la llave.

–Espero que su estancia aquí sea de lo más agradable –añadió el hombre.

–Estoy seguro de que así será.

Riley tomó a Alpha de la mano y la guió hacia los ascensores. Entraron en uno de ellos con más gente y ella trató de concentrarse en la pequeña pantalla de televisión que había sobre la puerta. Todo el mundo estaba mirando las noticias excepto Riley y ella. Ellos solo estaban centrados en sí mismos desde que la recogió para llevarla al aeropuerto. Riley le guardó el equipaje en el maletero, pero no antes de besarla de un modo que le humedeció la ropa interior.

El ascensor se detuvo en la quinta planta y ella se apartó para dejar salir a una pareja. Sintió una oleada de calor recorriéndole las venas cuando Riley le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí. Cuando llegaron a su planta le tomó la mano y la guio por el pasillo bellamente decorado que llevaba a su habitación. Aunque no habían hablado del tema, iban a compartir habitación. A Alpha no se le pasó por la cabeza que pudiera ser de otra manera.

Se detuvieron y Riley le soltó la mano para abrir la puerta. Ella entró y miró a su alrededor. Era una suite preciosa, casi tan grande como toda su casa. Estaba a punto de decirle a Riley que le encantaba cuando él le rodeó la cintura con sus poderosos brazos y la giró.

La miró con unos ojos tan llenos de deseo que le provocó un escalofrío. No hizo falta mucho para recordar todo lo que habían hecho la última vez que estuvieron juntos.

–Te he echado de menos esta semana –susurró él con voz ronca.

Alpha no pudo evitar sonreír. Le gustaba saber que la había echado de menos. Ella desde luego también.

–Ya sabes dónde vivo –aseguró con tono seductor.

–Sí, y créeme, no ir a verte ha sido una de las cosas más duras que he tenido

que hacer. Pero tu cuerpo necesitaba un descanso. Ha trabajado mucho el pasado fin de semana.

–Eso es quedarse corto –aseguró ella sonriendo todavía más.

Riley se inclinó y le preguntó:

–¿Te he dicho ya cuánto me gustas?

–No, creo que no.

–Bueno, pues déjame que te diga que me gustas, Alpha Blake. Probablemente más de lo deberías.

Ella estaba a punto de preguntar qué quería decir con aquello cuando Riley se apresuró a decir:

–Vamos, tenemos que salir de esta habitación. Salgamos a cenar y a escuchar blues a Beale Street.

Unas horas más tarde, mientras caminaban por Beale Street, Riley no pudo evitar mirar a la mujer que tenía al lado y cuya mano sostenía firmemente en la suya. ¿Cuándo fue la última vez que caminó de la mano por la calle con una mujer?

Nunca.

Entonces, ¿por qué lo estaba haciendo ahora? Sexo sin compromiso no era exactamente eso. Sin ataduras. Sin tener que prometer la luna y las estrellas. Y sin dramas, ya que había dejado claras las reglas. ¿Por qué no estaban en la habitación haciendo el amor, que era lo único en lo que supuestamente se basaba su relación?

Dejó escapar un largo suspiro. ¿Y cuándo fue la última vez que fue de bar en bar? Pero lo que realmente le molestaba era haberse enfadado al ver que un par de tipos la miraban en uno de los clubes. Él era el primero en admitir que estaba impresionante en vaqueros. Entonces, ¿por qué se había puesto celoso? No tenía una relación seria con Alpha. Solo era su compañera sexual durante seis semanas.

–Este sitio es precioso –aseguró ella interrumpiendo los pensamientos de Riley–. Nunca había apreciado el blues hasta ahora. Gracias.

Él le apretó con más fuerza la mano.

–Soy yo quien debería darte las gracias. Si no hubieras venido estaría en la habitación del hotel preparando el trabajo de la semana que viene. Has convertido un viaje aburrido en uno divertido.

Alpha echó la cabeza hacia atrás y se rio.

–No pretenderás que me crea que Riley Westmoreland no se divertiría sin mí.

Sí, quería que se lo creyera porque era la verdad. Habían disfrutado de una comida maravillosa y habían bailado en un par de sitios.

Riley se detuvo y le levantó la barbilla con la yema del dedo.

–Yo nunca digo nada que no piense, Alpha, y nunca me lo he pasado tan bien con ninguna mujer.

Ella le pasó una mano por el pecho.

–Me alegro.

Se sintió tentado a besarla pero se contuvo. Habría tiempo de sobra para besos cuando regresaran al hotel. Le tomó otra vez la mano y empezó a caminar otra vez.

–¿Qué planes tienes para mañana mientras yo estoy reunido? –le preguntó.

Alpha se puso de puntillas y le acarició la cara con la nariz.

–Depende de lo que me canses esta noche –susurró–. Si no estoy agotada tengo pensado ir de compras. Las navidades son el mes que viene, ¿sabes?

Sí, lo sabía. Y para entonces su aventura ya habría terminado.

–¿Tienes que comprar regalos para mucha gente? –le preguntó.

–Bueno, lo normal.

Ya se estaba mostrando evasiva una vez más.

–¿Tienes pensado pasar las navidades en casa o vas a quedarte en Denver?

–No lo he decidido todavía.

–¿Tu familia se reúne en vacaciones? –le preguntó mirando a ambos lados antes de cruzar la calle.

–No toda. ¿Y la tuya? –se apresuró a preguntar para no seguir con el tema–. ¿Va estar todo el mundo en casa por navidad?

–Este año sí, principalmente porque es la fiesta del cuarenta aniversario de la empresa y todo eso. Creo que a nuestros padres les hubiera gustado vernos a todos juntos celebrando algo tan importante. Bane no podrá venir porque está de misión, pero Gemma y su familia van a venir desde Australia.

–Parece que los Westmoreland vais a pasar un buen rato. Y como

organizadora de la fiesta mi intención es que sea una noche inolvidable –le aseguró, sonriéndole.

Riley le devolvió la sonrisa.

–Te creo.

Y así era. Durante el vuelo Alpha le había comentado las ideas que tenía para la decoración y le quedó claro que era una persona que estaba pendiente de hasta el más mínimo detalle.

–Bueno, ¿qué me dices?

Riley parpadeó, consciente de que Alpha le había preguntado algo.

–Perdona, ¿qué has dicho?

Ella sonrió y el calor de aquella sonrisa le llenó de algo que no supo identificar. Se inclinó hacia él.

–He sugerido que demos por finalizada la noche y volvamos al hotel. ¿Te parece bien?

En lugar de responder, Riley salió de la acera y la llevó hacia las sombras de los edificios. Todavía se les podía ver un poco, pero no le importaba. Atrajo el cuerpo de Alpha hacia el suyo, le acercó la boca y la besó apasionadamente.

Unos instantes más tarde apartó la boca y le puso la frente en la suya.

–¿Te he dado la respuesta que querías? –le preguntó, tratando de recuperar el aliento.

Sintió la curva de la sonrisa de Alpha contra sus labios.

–Sin duda.

Cuando Alpha vio salir a Riley desnudo del cuarto de baño no le cupo la menor duda de que cualquier mujer consideraría que tenía un atractivo de enormes proporciones. Y hablando de enormes proporciones... descendió la vista hacia el centro de su cuerpo. Estaba excitado y ya se había puesto un preservativo en la fuerte erección. Alpha mantuvo la vista clavada en aquella parte de su cuerpo mientras él se acercaba a la cama.

Riley le acarició una mejilla con el dedo.

–¿Por qué me miras así?

Alpha alzó la vista.

–Me preguntaba qué sabor tendrá.

Alpha vio el destello de deseo que se le asomó a los ojos y el corazón le latió con más fuerza. Nunca se había mostrado tan atrevida con un hombre. Era increíble lo cómoda que se sentía con Riley.

–Entonces supongo que te dejaré averiguarlo –afirmó él en voz baja sosteniéndole la mirada.

Le retiró la mano de la cara y Alpha observó cómo se quitaba el preservativo y lo arrojaba a la papelera que había al lado de la cama.

–¿Qué quieres que haga ahora? –le preguntó Riley.

Ella le dio unas palmaditas a la cama.

–Quiero que te tumbes aquí bocarriba.

La cama se hundió bajo su peso cuando se tumbó a su lado como le había dicho. Entonces Alpha se acomodó entre sus muslos, levantándolos de modo que las rodillas de Riley le quedaron a la altura de la cabeza. Luego se inclinó hacia su excitada erección. Era grande. Gigantesca. Y las venas que cruzaban la punta eran tan visibles que hubiera podido jurar que veía la sangre correr por ellas.

Le tocó y sopesó la solidez de lo que tenía en la mano. Era tan grande que necesitó de las dos manos para cubrirlo. Abrió la boca sobre la cabeza del pene y deslizó la lengua por su longitud antes de introducirse. Y una vez que cerró los labios en él se dispuso a lamer cada centímetro, Le encantaba su sabor. Sus masculinos gemidos de placer provocaron que se sintiera completamente femenina.

Riley le agarró varios mechones de pelo pero ella no sintió ningún dolor, solo placer. Tenía una manera única de enseñarla y de satisfacer al mismo tiempo su deseo. Esa era la razón por la que quería que aquel fuera un momento especial para él. Seguramente se daría cuenta de que no tenía mucha experiencia, pero confiaba en que al menos notaría que ponía todo el corazón. Y la idea de que aquella erección tan fuerte estuviera completamente alojada en su boca la excitaba mucho. A juzgar por los sonidos que emitía, Riley parecía estar disfrutando de lo que le hacía. Animada por la respuesta, cerró los ojos y aumentó la presión con la intención de satisfacer a su hombre.

¿Su hombre? ¿De dónde había salido aquel pensamiento? Pero en lugar de rechazarlo aceptó que durante seis semanas sería su hombre. Y entonces, en la noche de la fiesta, aquella maravillosa aventura tocaría a su fin.

–Alpha...

Su nombre, pronunciado desde lo más profundo de la garganta, la llenó de un intenso deseo. Sabía que cada lengüetazo y cada succión profunda le estaban llevando al límite, justo como ella quería.

Abrió los ojos al sentir un fuerte tirón de pelo cuando Riley trató de apartarle la boca pero ella se mantuvo firme. Finalmente Riley se rindió y se dejó ir. Alpha saboreó su esencia cuando le llenó la boca.

Unos instantes después le soltó y antes de que pudiera decirle lo bien que sabía, Riley se giró, la colocó bocabajo y se montó a horcajadas sobre ella. Le alzó las caderas con las piernas entre las suyas. La penetró con un suave embate y entró profundamente en ella. Empezó a cabalgarla con fuerza, entrando y saliendo una y otra vez. Alpha sintió cada embestida, y fue entonces cuando se dio cuenta de que Riley no llevaba puesto el preservativo.

–¡Riley, el preservativo!

Él se quedó muy quieto pero ella no. Al menos no por dentro, donde los músculos seguían apretándole con fuerza. El profundo gemido de Riley le atravesó la pelvis y la espina dorsal. Esperaba que se apartara inmediatamente, pero él se inclinó tanto que sintió su respiración en la oreja.

–Por favor, dime que estás tomando la píldora, cariño –le preguntó angustiado.

–Sí –respondió ella encantada de librarle de la preocupación.

Como si aquello fuera lo que necesitaba oír, Riley empezó a moverse otra vez con más urgencia todavía que antes, embistiéndola profundamente, gimiendo como un animal primitivo que estuviera apareándose por última vez. Le sintió en cada músculo del cuerpo y escalofríos de placer le recorrían la columna vertebral con cada embestida. Entonces sintió cómo se derramaba en ella.

Riley le agarró con fuerza el desnudo trasero, colocándola en un ángulo que la hizo gritar de placer. Alpha hundió la cabeza en la almohada para acallar el sonido. Para colmo, sintió la boca de Riley en la espalda mordisqueándole la piel, lamiéndosela, dejándole su marca.

–¡Riley!

El cuerpo se le estremeció de la cabeza a los pies. Las sensaciones se apoderaron de ella con intensidad y cuando colapsó, completamente exhausta, Riley le dio la vuelta y le levantó las caderas, entrando en ella una vez más en la postura del misionero.

Alpha le miró asombrada, aunque no debería estarlo. El fin de semana anterior había descubierto que Riley Westmoreland tenía la energía de un toro.

Y aunque no lo creía posible, un instante después los dos alcanzaron otro orgasmo y supo que aquello sería solo el principio.

Aquella noche no habría ningún control del clímax.

–Me alegra que vayas a ser la organizadora de mi boda, Alpha.

–Y yo me alegro de que me hayas escogido para que lo sea.

Alpha le dio un sorbo a su taza de té mientras observaba a Megan Westmoreland, que en seis meses sería la señora de Claiborne. Le parecía que Megan, anestesista en uno de los hospitales de la ciudad, era una mujer muy guapa. Tenía pensado casarse en junio, y Alpha había recibido su llamada el lunes, cuando regresó de Denver tras pasar cuatro días maravillosos en Memphis con Riley.

–Entonces, ¿te gustan los colores que he escogido para la boda? –preguntó Megan.

–Sí, el amarillo y el lima combinan de maravilla.

Estaban hablando del menú cuando la puerta de Megan se abrió y entró un hombre con expresión furiosa.

–¿Por qué estás de tan mal humor, Zane? –le preguntó Megan con voz pausada.

Así que aquel era el famoso Zane Westmoreland, pensó Alpha observándole disimuladamente. Desde que llegó a la ciudad había oído hablar mucho de él. Las mujeres le consideraban muy guapo y ahora entendía la razón, aunque ella seguía pensando que Riley le superaba.

–Te presento a Alpha Blake. Me está ayudando a organizar la boda –les presentó Megan.

El hombre inclinó la cabeza mirando a Alpha antes de volverse hacia Megan.

–Me han contado que Channing Hastings estará en tu lista de invitados, ¿es verdad?

–Sí –Megan sonrió con dulzura–. ¿Qué pasa?

–No quiero que asista a tu boda.

Megan dejó la taza de café en la mesa y miró a su hermano fijamente.



–¿Por qué? No importa cómo terminara tu relación con ella. Por si no te acuerdas, trabajamos juntas en el hospital mucho antes de que vosotros os conocierais. Siempre me ha caído bien y la sigo considerando amiga mía, así que...

–No quiero que vaya, Megan.

–Es mi boda, Zane –la joven frunció el ceño–. Y ella es mi invitada.

Sin decir una palabra más, Zane Westmoreland se dio la vuelta y salió por la puerta con la misma energía con la que había entrado. Tras escuchar el portazo, Megan le dirigió a Alpha una mirada de disculpa.

–Como ves, no todos los Westmoreland somos civilizados.

Una hora más tarde Alpha dio por finalizada su reunión con Megan y se puso de pie, dispuesta para marcharse, cuando alguien llamó a la puerta. Alpha se preguntó si Zane habría vuelto.

–Adelante –dijo Megan.

Se abrió la puerta y Alpha sintió cómo el corazón le daba un vuelco al ver a Riley entrar.

–Si has venido de parte de Zane por lo de invitar a Channing... –comenzó a decirle Megan a su primo.

–No. Es tu boda y tú invitas a quien quieras –miró de reojo a Alpha–. Pero me ha dicho que estabas con la organizadora de tu boda, así que pensé en venir a saludar.

Megan miró con curiosidad primero a uno y luego a otro.

–¿Ya os conocéis?

–Sí, estoy trabajando con Alpha en la fiesta del próximo mes –asintió Riley sin dejar de mirar a Alpha como si se la quisiera comer con la mirada.

Megan se aclaró la garganta.

–¿Es esa la única razón por la que has venido?

Riley miró a su prima.

–La verdad es que no. Quería preguntarle algo a Alpha –aseguró mirándola otra vez–. Mi familia va a quedar para cenar el miércoles en McKay's. Quería saber si te gustaría venir, así podrías conocerlos. Creo que les gustaría conocer a la persona que está organizando la fiesta.

Riley vio por el rabillo del ojo cómo Megan alzaba una ceja, porque en realidad no había ninguna necesidad de que la familia conociera a la organizadora

de la fiesta. Él lo sabía y Megan también.

Por suerte, al parecer Alpha no. Sonrió y dijo:

–Sí, estoy libre el miércoles por la noche y puedo conocer al resto de tu familia.

–Bien. Te recogeré a las seis –miró a Megan, que seguía mirándole fijamente. Seguramente se estaría preguntando por qué se había ofrecido a recoger a Alpha cuando todo el mundo en Denver sabía llegar perfectamente a McKay's.

–Estupendo –aseguró Alpha.

Riley se dirigió hacia la puerta antes de que a Megan le diera por preguntarle algo más.

–Bien, hasta pronto entonces –y lo decía literalmente porque tenía pensado pasarse más tarde por su casa.

Riley seguía sonriendo cuando cruzó la puerta y se metió en la camioneta. Pero cuando se abrochó el cinturón de seguridad y vio su reflejo en el espejo retrovisor frunció el ceño. ¿Qué le estaba pasando? En cuanto Zane mencionó que Alpha estaba en casa de Megan se marchó directamente a verla. Zane se le quedó mirando como si hubiera perdido la razón.

Y en cierto modo tenía miedo de que así fuera.

La primera locura había sido hacerle el amor a Alpha sin preservativo. Siempre había utilizado protección. ¿Por qué no lo había utilizado con Alpha?

Lo cierto era que estar dentro de ella, piel con piel, sintiendo cómo sus músculos interiores le sujetaban, había sido algo de otro mundo. Pero no era razón para arriesgarse, y había seguido haciéndolo. No había utilizado preservativo desde que regresaron a Denver el día anterior.

Riley aspiró con fuerza el aire y encendió el motor. Y encima ahora había hecho algo impensable al invitarla a cenar con toda la familia. Ya se imaginaba la cara que pondrían todos cuando le vieran aparecer con Alpha el miércoles por la noche.

Lo mejor que podía hacer era no acercarse a ella hasta la cena familiar.

La última persona a la que Alpha esperaba ver cuando abrió la puerta aquella noche era a Riley.

–Hola –dijo apartándose para dejarle pasar–. Estaba a punto de prepararme

algo de comer. ¿Te apuntas?

–Encantado.

–¿No vas a preguntar qué hay de cena?

–Me da igual. He venido a verte a ti. La cena es un extra.

Había ido a verla y Alpha no tenía que preguntarse la razón. El hombre tenía un apetito sexual feroz que resultaba contagioso. Pero ella no se quejaba. Había desatado algo en su interior. Tenía que admitir que le deseaba tanto como él a ella.

–Y si te apetece he pensado que podíamos ir al cine después de cenar.

–¿Al cine? Me encantaría, pero ya había hecho planes para esta noche.

–Ah –Riley parecía sorprendido–. Lo siento, tendría que haber llamado antes.

–No era necesario. Pensé que había llegado el momento de ordenar el trastero –aseguró Alpha con una sonrisa–. Todo lo que encuentro y me gusta me lo traigo a casa y lo guardo ahí. No hace falta que te diga lo desordenado que está a estas alturas.

Riley se rio.

–¿Quieres que te ayude? Es lo menos que puedo hacer si me invitas a cenar.

–¿De verdad me quieres ayudar? –preguntó ella asombrada pensando en todas las cosas que podría hacer Riley aquella noche–. Pues te lo agradezco. Me vendrá muy bien tu ayuda.

Al terminar de cenar hablaron sobre los planes que tenía Alpha para la boda de Megan y luego él la ayudó a recoger la mesa.

–Vamos a ordenar esa habitación antes de que nos sintamos tentados a hacer otra cosa –le pidió Alpha poniéndole las manos en los hombros.

Él la siguió. Pasaron por delante del dormitorio y Alpha abrió la puerta de otra habitación. Riley entró y miró a su alrededor. Había visto trasteros, pero ninguno con objetos tan curiosos. Había un cartel de «se vende» y unos guantes de boxeo entre otras cosas.

–De acuerdo, señorita Blake, dígame cómo se puede empezar a ordenar esto.

Alpha se subió las mangas de la camisa.

–Bien, ya tengo preparadas unas cajas enormes con títulos de temas para fiestas tradicionales: cumpleaños, bodas, aniversarios... Lo único que hay que hacer es poner cada cosa donde corresponda. Y si no estás seguro ponlo en la caja general.

–De acuerdo –Riley se puso manos a la obra, consciente de lo que le esperaba después. Le dio la impresión de que trabajaban bien juntos y en cuestión de una hora se dio cuenta de que habían hecho grandes progresos. La miró.

–¿Estás dándote un respiro, Riley?

Riley parpadeó y se dio cuenta de llevaba un buen rato allí de pie mirándola. Sacudió la cabeza.

–No, solo estaba mirando tu camiseta.

Alpha bajó la vista y la miró con expresión interrogante.

–Ah –dijo–. Fue un regalo de mi hermana –aseguró encogiéndose de hombros.

–¿De verdad?

–Sí.

–Bueno, a mí me gusta. Volvamos al trabajo. Ya casi hemos terminado.

Alpha asintió y continuó doblando manteles de todos los colores imaginables. Riley se fijó en uno de los últimos objetos que estaba guardando, un balón grande para hacer ejercicio. Se la imaginó desnuda tumbada sobre el balón, con las piernas abiertas y la feminidad húmeda y lista mientras él la montaba. Y cuando alzara la parte superior del cuerpo él bajaría la suya para conectar. Sería un coito que saborearía, tratando de no embestirla con demasiada fuerza.

–Si estás tratando de imaginar en qué caja va el balón no te esfuerces. No tendría que estar aquí, lo utilizo para hacer ejercicio.

Riley la miró.

–Te estaba imaginando en él –murmuró con una sonrisa indolente–. ¿Qué me dices, Alpha? ¿Quieres jugar al balón?

## Capítulo Siete

Dos días más tarde, Alpha trató de controlar los nervios y la emoción cuando Riley la acompañó a McKay's para conocer a su familia. Aunque no dejaba de recordarse que estaba allí para poner al día a la gente sobre la fiesta, apenas podía contener su entusiasmo.

Riley había terminado pasando la noche del lunes con ella y la noche anterior también se había pasado a cenar. Ella tenía que trabajar en el setenta aniversario de boda de aquella pareja, y mientras estaba sentada en la mesa de la cocina ocupándose de los detalles del evento, Riley se tumbó en el sofá delante de la chimenea para ver una serie policíaca en la televisión. Cuando terminó se reunió con él frente al fuego y llevó unas copas de vino. Más tarde se desnudaron el uno al otro e hicieron el amor antes de que él se marchara a medianoche.

Alpha era muy consciente de que el tiempo volaba. Les quedaban menos de tres semanas para que la aventura llegara a su fin. Dado que la fecha límite era la noche de la fiesta, lo recordaba cada vez que trabajaba en la celebración familiar.

–Hola, Riley. Bienvenido a McKay's –dijo una voz femenina.

Alpha alzó la vista para mirar a la mujer y se dio cuenta de que era la misma que la vez pasada.

–Hola, Paula –la saludó él–. Creo que mi familia ya está aquí.

–Así es –dijo la encargada con tono alegre ignorando deliberadamente a Alpha–. Debe tratarse de una reunión de trabajo muy importante.

–No, es nuestro habitual encuentro del mes –dijo Riley tendiéndole la chaqueta de cuero antes de ayudar a Alpha a quitarse el abrigo para dárselo también.

Alpha se preguntó por qué la mujer la miraba con tanto desprecio de arriba abajo. ¿Qué problema tenía aquella mujer? ¿Por qué la miraba con veneno en los ojos? No era difícil suponer que había habido algo entre Paule y Riley.

Por otro lado, entendía que cualquier mujer mirara a Riley en cualquier momento, especialmente aquella noche. Estaba increíblemente guapo, sexy y masculino con los vaqueros de Armani, la chaqueta y la camisa blanca. Riley se giró hacia ella.

–¿Lista? –le preguntó con una sonrisa en los labios.

Alpha aspiró con fuerza el aire y sonrió también.

–Sí, estoy lista.

Siguieron a Paula, y cuando llegaron al fondo del restaurante la encargada abrió una puerta y se echó a un lado. Riley y ella entraron en la sala y las conversaciones que estaban manteniendo los comensales de la enorme mesa se detuvieron de golpe y todos los ojos se dirigieron hacia ellos. Los hombres se pusieron de pie y las mujeres les miraron con curiosidad. Alpha sabía que Megan la esperaba, pero confiaba en que su presencia no fuera una sorpresa para los demás. Seguro que Riley le había dicho a su familia que la había invitado. Por lo tanto, Alpha solo podía pensar que la miraban así porque Riley seguía sosteniéndole la mano y no parecía dispuesto a soltársela.

–Hola a todos –saludó Riley–. Quiero presentaros a Alpha Blake.

Alpha esperó a que continuara con la presentación, que explicara que era la organizadora de la fiesta de la empresa. Pero no dijo nada más, y sin soltarle todavía la mano rodeó la mesa para hacer las presentaciones individuales. Riley le había hablado tanto de su familia que sentía como si ya los conociera.

Todo el mundo se cambió de sitio y se encontró sentada entre Riley y su hermano Canyon. Enseguida se sintió cómoda e incluida en las conversaciones. Riley la ayudó mucho y se mostró muy atento. En algunos momentos se preguntó incluso si no se estaría pasando. Cuando le pidió que probara lo que había pedido se lo puso en la boca con su propio tenedor.

–¿Qué tal va la organización de la fiesta, Alpha? –le preguntó Bailey, la prima de Riley, desde el otro lado de la mesa.

–Muy bien –aseguró ella sonriendo–. Creo que os va a encantar a todos.

Bailey estuvo hablando con Alpha durante gran parte de la cena, y le resultó difícil creer que aquella joven hubiera sido alguna vez el terror de la familia Westmoreland, como Riley aseguraba.

Más tarde, cuando Riley la llevó a casa después de la cena, decidió sacar el tema.

–No te dejes engañar –aseguró él con una sonrisa–. Soy el primero en admitir que Bailey ha madurado en muchos aspectos, pero no es oro todo lo que reluce. Me sorprende que te haya aceptado con tanta facilidad. Suele ser muy reservada con los desconocidos.

–Entonces supongo que debería sentirme especial.

El coche se detuvo en un semáforo y Riley se giró para mirarla. En cuanto sus miradas conectaron Alpha se olvidó casi de respirar.

–Eres especial, Alpha.

Ella contuvo el aliento preguntándose por qué diablos había tenido que decirle algo así. Y por qué ella quería que pensara que realmente era especial.

–Gracias –fue lo único que pudo decir. El corazón le latía con fuerza. Riley tenía la habilidad de hacerle desear cosas que no debería anhelar.

Riley volvió a centrar la atención en la carretera y ella suspiró. Se suponía que su relación con él no iba a ser más que una aventura sin importancia. Sexo sin compromiso.

Tragó saliva. Estaba empezando a sentir cosas que no debería sentir. Y eso no estaba bien.

Riley se acomodó entre los muslos de Alpha y la miró mientras le alzaba las caderas. Se quedaron mirándose a los ojos mientras él guiaba su latente erección hacia su calor.

Dejó escapar un gemido en cuando los músculos de Alpha se cerraron sobre él, atrayéndole hacia su interior, provocándole oleadas de placer por todas partes.

Cerró los ojos cuando empezó a moverse, embistiéndola lentamente. No quería precipitarse. Quería saborear el momento. En esto consistía hacer el amor, y solo podía darse cuando se amaba a una mujer.

¿Qué diablos? Abrió los ojos de golpe para mirarla, agradeciendo que ella tuviera los ojos cerrados mientras se le escapaba un gemido de entre los labios. Algo la llevó a abrir los ojos y su mirada conectó con la suya. Riley supo que no podía negar lo que estaba sintiendo en aquel momento. Unas emociones que no quería sentir. Y estaba convencido de que eran al mismo tiempo de sentimientos que le habían roto a Bane el corazón.

Sin embargo, no podía negarlo. Se había enamorado de Alpha.

Había permitido que sucediera en Memphis, y probablemente antes que eso. Y cada vez que trataba de negarlo caía todavía más. Sabía que su familia tendría preguntas que hacerle porque nunca antes había llevado a una mujer a una reunión familiar. Estaba poniendo el corazón en juego. Una parte de él quería pensar que Alpha era distinta, que ella nunca le haría daño. Pero, ¿qué pasaba con aquellos secretos familiares que ocultaba? Apartó de sí aquel pensamiento. Fueran

cuales fueran no le importaba. La amaba de todos modos.

Siguió moviéndose en el interior de su cuerpo, reclamando con audacia lo que se temía que siempre le pertenecería.

A partir de aquella noche sería un hombre con una misión: sabía que Alpha no estaba preparada para compartir algunas cosas con él, pero se tomaría su tiempo para derribar sus defensas y demostrarle que el pasado no importaba.

Abrumado por aquella emoción que no podía contener, la apretó con más fuerza y se inclinó para tomarle la boca con la suya. No quería pronunciar unas palabras que Alpha no estaba preparada para escuchar.

Le rodeó con más fuerza con las piernas y la escuchó gritar al mismo tiempo que las sensaciones hacían explosión dentro de él, liberando espasmos de placer por todo su cuerpo.

Apartó la boca y echó la cabeza hacia atrás, derramando su esencia por todo su cuerpo mientras experimentaba una sensación extracorpórea que le conectaba profundamente a ella. Se sentía vivo, alerta, y ahora sabía también lo que suponía se un hombre enamorado.

Cuando los temblores cesaron se apartó de Alpha, la tomó en brazos y le puso la cabeza en el pecho. Tenían los cuerpos sudorosos y las piernas entrelazadas. Estaban conectados por el corazón y el alma. Y supo que no importaba cuánto tardara en convencerla: Alpha tenía un lugar permanente en su vida.

–¿Estás emocionada por la fiesta de este fin de semana?

Alpha alzó la vista del inventario y sonrió a Lindsey. Era una pregunta agridulce. Sí, normalmente le gustaba que llegara el día para el que tanto había trabajado, pero como en este caso significaba también el final de su aventura con Riley se sentía destrozada.

Decidió darle a su ayudante la respuesta que probablemente esperaba.

–Sí, estoy muy contenta –volvió a mirar de inmediato la lista para que Lindsey no viera las lágrimas que amenazaban con caer cada vez que pensaba en lo que implicaba aquel fin de semana.

Resultaba difícil creer que hubieran pasado tres semanas desde que viajó a Memphis con Riley. Habían ocurrido muchas cosas desde entonces. Pam la llamó dos días después de la cena en McKay's para invitarla a la cena de Acción de



Gracias de los Westmoreland. Todos habían estado allí excepto Bane y la prima Gemma, que vivía en Australia. Alpha lo había disfrutado mucho, y durante un rato se sintió parte de la familia. Esa era una de las razones por las que le costaba tanto trabajo romper con Riley.

Y también estaba el hecho de que se había enamorado de él.

Una hora más tarde, cuando Lindsey ya se había marchado, Alpha estaba ocupada haciendo ajustes de última hora en el menú de la fiesta cuando sonó el teléfono. Sonrió al ver que se trataba de Riley.

–Hola. Solo quería asegurarme de que sigue en pie lo de esta noche.

–Claro. Disfruto mucho cuando tú cocinas –iban a cenar en casa de Riley, y ella se iba a quedar a pasar la noche allí

–Tengo un plato especial para ti. Es una sorpresa.

–Bien –a Alpha le gustaban las sorpresas.

–De acuerdo. Saldré del trabajo a mediodía para prepararlo todo y luego iré a buscarte.

Riley acababa de terminar de prepararlo todo y de poner el estofado al fuego cuando escuchó el timbre de la puerta. Miró el reloj. No esperaba a Alpha hasta dentro de una hora. Quería decirle lo que sentía antes de que se fuera por la mañana. Faltaban tres días para la fiesta y quería escuchar de su boca que, aunque no se hubiera enamorado todavía de él, existía esa posibilidad.

Abrió la puerta sin mirar por la mirilla y frunció el ceño al ver a Paula en el porche.

–Paula, ¿qué haces aquí?

–He venido a verte –afirmó ella con una sonrisa radiante–. Tengo una información que creo que debes saber.

Riley lo dudaba mucho y estaba a punto de decírselo cuando ella se coló en su casa. Riley cerró la puerta, se cruzó de brazos y la miró.

–Perdona, pero estoy esperando a alguien. ¿Qué información tengo que saber?

Paula se dejó caer en el sofá sin que nadie la invitara y cruzó las piernas para mostrar una buena parte de los muslos bajo la minifalda.

–Supongo que ya sabes que estoy saliendo con Samuel Porter.

A Riley no le importaba.

–¿Y?

–Y una noche estuve viendo la colección de vídeos de Sam y escogí uno que pensé que podríamos disfrutar viendo juntos. ¿Me sigues?

La seguía, y no tuvo que preguntar qué clase de vídeos eran. Había oído el rumor de que Sam tenía un armario lleno de vídeos porno. Aspiró con fuerza el aire sin entender todavía dónde quería llegar Paula.

–¿Y?

–Y –dijo ella sonriendo y sacando algo del bolso–, me encontré en la portada con una mujer que me resultaba familiar. Así que la miré detenidamente. Tal vez tú también quieras verla. Seguro que la reconoces.

Tomó el DVD que ella le ofrecía y miró la foto de la pareja. La mujer estaba espatarrada sobre una cama con dosel completamente desnuda. El corazón le dejó de latir y le tembló la mano. Miró a Paula y trató de contener el rechinar de dientes.

–¿Qué estás insinuando?

–Que tu novia tiene un pasado oscuro.

Riley lanzó el DVD al sofá al lado de ella.

–Creo que estás a punto de buscarte una querrela que no te puedes permitir. La chica que sale en esa carátula no es Alpha, solo se le parece.

Paula alzó la barbilla y sonrió.

–¿Estás seguro de eso?

–Absolutamente –Riley entornó los ojos–. Tanto que si le oigo a alguien más decirlo daré por hecho que eres tú la que va contando esa sucia mentira y yo mismo te demandaré por difamarla.

A Paula se le borró al instante la sonrisa y suspiró.

–Solo digo lo que veo.

–Si quieres jugar tu baza, adelante. Pero te aseguré que no pararé hasta verte en la miseria. Y ahora quiero que te marches y no vuelvas.

Paula se levantó del sofá enfadada y se dirigió hacia la puerta, cerrándola al salir de un portazo que agitó los marcos de las ventanas. Fue entonces cuando Riley se dio cuenta de que se había dejado el DVD, no sabía si accidentalmente o adrede.

Lo agarró y se metió en el dormitorio para darse una ducha. Su invitada llegaría en menos de una hora, y sabía que tendría que tener una larga charla con ella.

Alpha estiró las piernas en la cama cuando abrió los ojos. Era de día y a través de la ventana se veía caer la nieve. Era mala suerte, tenía que repasar los detalles de última hora para la fiesta del día siguiente.

Se giró en la cama vacía preguntándose dónde estaría Riley. La noche anterior tuvo la sensación durante la cena de que algo no iba bien. Pilló a Riley mirándola de reojo en más de una ocasión. Y cuando él le dijo que tenían que hablar, no quiso saber qué estaba pasando. Solo quería disfrutar del poco tiempo que le quedaba con él, así que le sedujo y terminaron haciendo el amor de manera apasionada.

Al girarse vio en la almohada de Riley una nota:

*No quería despertarte, tengo una reunión de trabajo a las ocho. Sé que tienes muchas cosas que preparar para la fiesta de mañana, pero siéntete en casa hasta que tengas que irte.*

*Riley*

Alpha se llevó la nota al pecho, satisfecha que de no hubiera vuelto a mencionar que tenían que hablar. Se tumbó sobre la cama con una sonrisa en los labios. Le había hecho olvidar adrede. Solo tuvo que mirar las sábanas revueltas para saber dónde había estado la concentración de Riley Westmoreland la noche anterior y durante las primeras horas de la madrugada. No había dormido mucho la noche anterior, y eso no le importaría si no tuviera tantas cosas que hacer.

Miró a su alrededor para buscar la ropa y recordó que se había desnudado en el salón antes de ir al dormitorio. Lo último que quería era pasearse desnuda por casa de Riley. Nunca cerraba la puerta con llave, y sus hermanos y primos solían aparecer sin avisar. Se levantó de la cama y pensó en ponerse una de las camisetas de Riley.

Recordó dónde las guardaba y abrió el cajón de arriba de la cómoda. Contuvo el aliento. Encima de las camisetas había un DVD, pero no cualquiera. Era

uno de los de su hermana, titulado *Tiempo de juego*. ¿De dónde lo había sacado? ¿Desde cuándo lo tenía?

Alpha se quedó mirando el DVD mientras miles de preguntas le cruzaban por la mente. ¿Habría asumido Riley, igual que LeBron, que la que salía en la carátula era ella y no Omega? ¿O había pensado, igual que LeBron más adelante, que si no podía tener una estrella porno de verdad su hermana serviría?

Cerró el cajón con fuerza mientras la furia se apoderaba de ella. No era de extrañar que quisiera tener una aventura con ella. Pero, ¿por qué se enfadaba? Desde el principio supo que se trataba de sexo sin compromiso. Nada más.

Sin importarle ya si alguien la veía desnuda, corrió escaleras abajo y vio que Riley había recogido su ropa del suelo y la había puesto en el sofá. Se vistió rápidamente, agarró el bolso de la mesa y se marchó. Por primera vez desde que vivía en Denver no notó el frío.

Lo que notó era lo profundamente que le dolía el corazón.

Riley entró en el salón de baile del Hotel Pavilion y se quedó paralizado. Increíble. Alpha había transformado por arte de magia la estancia en Una noche de invierno, tal y como anunciaba el tema de la fiesta. Los colores eran plateado, azul y blanco. Había largas columnas blancas conectadas por franjas de telas metálicas blancas. El techo parecía un cielo de medianoche con la luna y las estrellas. Había pequeños montículos de nieve y montañas de *atrezzo* nevadas colocadas en lugares estratégicos del salón.

–Buenos días –les saludó una azafata disfrazada de muñeco de nieve–. Tenga su regalo de parte de Blue Ridge Management –dijo entregándole una bola de cristal con nieve en la que había una réplica del edificio de Blue Ridge Management.

–Gracias –Riley no pudo evitar agitarla y ver cómo flotaba la nieve. Sonrió.

–Tu novia ha hecho un trabajo increíble, ¿verdad?

Riley se giró y se encontró con la sonrisa de Bailey. Parecía tan impresionada como él.

–La verdad es que sí.

–Entonces, ¿es tu novia? –preguntó Bailey ladeando la cabeza.

Riley pensó que Bailey era la segunda persona en dos días que se refería a

Alpha como su novia. No lo había negado entonces y no lo negaría ahora.

–Sí, es mi novia –aseguró agarrando una copa de la bandeja que llevaba un camarero.

–Nunca habías calificado así a ninguna de las mujeres con las que has salido. Si ella es distinta, espero que la trates también de modo distinto.

Ya lo estaba haciendo y continuaría haciéndolo. Su intención era llevar la relación a un nuevo nivel, pero primero tenían que hablar. Le había dejado varios mensajes pero no le había contestado. Sabía que estaba muy ocupada, había trabajado muy duro para esta fiesta. Pero tenía que sentirse muy orgullosa de lo que había conseguido.

–¿Has visto a Alpha? –le preguntó a Bailey mirando a su alrededor.

–Sí, está por ahí asegurándose de que todo funciona a la perfección. Espero que te asegures de que en algún momento descanse y se divierta.

No la vio hasta media hora después. Estaba en un grupo hablando con uno de los empleados más antiguos de Blue Ridge y su mujer cuando Alpha apareció en su línea de visión. Contuvo el aliento al verla. Iba vestida de azul, del mismo tono que había utilizado para la fiesta. Ella miró en su dirección. Riley iba a sonreír y a levantar los pulgares, pero la mirada que Alpha le dirigió le dejó paralizado. Alzó las cejas, pero ella se dio rápidamente la vuelta para dirigirse hacia la zona donde estaban preparando la comida.

–Disculpad un momento –dijo a la pareja, dirigiéndose hacia donde había ido Alpha.

Algo estaba pasando y tenía intención de saber de qué se trataba. Cruzó varias estancias y fue interceptado por varias personas hasta que por fin estuvo a pocos metros de ella. Alpha alzó la vista, le vio y estaba a punto de marcharse cuando Riley apretó el paso y le tocó el brazo.

–Todo está por encima de mis expectativas, Alpha, pero quiero hablar contigo un momento.

Riley era consciente de que con tanta gente alrededor no podría negarse.

–De acuerdo.

–En privado, por favor –dijo tomándola del brazo y guiándola hacia una habitación trasera, lejos de sus ayudantes, los empleados de la empresa y la familia.

Riley cerró la puerta tras ellos.

–¿Te importaría decirme qué está pasando?

Alpha frunció el ceño y luego alzó la barbilla.

–No pasa nada, al menos nada de lo que debas preocuparte. Hoy es la noche de nuestra ruptura, ¿verdad? Hoy terminan tus seis semanas. Sin problema. Y ahora, si no te importa, tengo que ocuparme de la fiesta.

Riley apretó los dientes.

–Tu ayudante puede encargarse hasta que vuelvas. Y pienso retenerte aquí toda la noche si es necesario hasta que me digas qué pasa.

Alpha se puso en jarras.

–No te debo ninguna explicación.

–Claro que sí. Cuando te dejé esta mañana en la cama tenías una sonrisa en la cara. ¿Estás enfadada porque me marché sin despertarte?

–¿Es eso lo que piensas?

Riley se pasó una mano por la cara.

–No sé qué pensar, así que dímelo tú.

Alpha trató de no conmovirse con el tono de súplica de su voz y le dio la espalda. Durante dos días enteros había tratado de no pensar en él. Trató de concentrarse en lo que había que hacer para la fiesta. No fue fácil, pero lo consiguió, y todos los Westmoreland, incluido Riley, la habían felicitado por su trabajo.

Le escuchó moverse a su espalda y sintió el calor de su respiración. Lo que le había hecho y lo que pensaba de ella le había dolido hasta la médula, y sin embargo Riley tenía el valor de actuar como si nada hubiera pasado. Se giró para mirarle fijamente a los ojos.

–Ayer por la mañana quise ponerme una de tus camisetas para bajar a por mi ropa –le espetó.

Los ojos de Riley brillaron como si hubiera adivinado lo que iba a decir a continuación.

–Y encontraste el DVD que me trajo Paula –dijo adelantándose.

–¿Paula?

–Sí, Paula la de MacKay's.

A Alpha empezó a darle vueltas la cabeza. Ahora entendía la razón de las miradas entre ellos.

–Así que os estabais riendo de mí –dijo haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas.

–¿De qué estás hablando?

–De nada. Lo importante es que tenías ese vídeo y pensabas que era yo, ¿verdad? Por eso empezaste esta aventura conmigo. Y yo cai directamente en la trampa... y en tu cama.

Riley sintió como si le hubieran dado una bofetada en la cara. ¿Cómo podía pensar algo así?

–¿De qué me estás acusando, Alpha?

–Tu exnovia y tú pensabais que yo soy la mujer del DVD porno.

En aquel momento se sintió más furioso que nunca porque la mujer que amaba no confiaba en él. Él había sido sincero y directo con ella en todo. Era Alpha la que guardaba secretos.

–Sabía que tú no eras la mujer de esa carátula –aseguró apretando los dientes.

Alpha dio un paso hacia él.

–¿Cómo ibas a saberlo si Omega y yo somos gemelas idénticas? No serías el primer hombre en pensarlo.

–Me importa un bledo lo que piensen los demás hombres. Puede que seáis gemelas idénticas, pero un hombre que te ha hecho el amor como yo, que te ha saboreado entera, puede distinguir la diferencia. Supe que no eras tú e imaginé que debía tratarse de tu hermana gemela... una gemela que no sabía que tenías.

Se detuvo un instante y añadió:

–Y por si no te acuerdas, te dije que teníamos que hablar. Quería sacar el tema el jueves por la noche, el mismo día que Paula me trajo el DVD. Yo le dije que no eras tú. Así que, ¿quién es la víctima aquí, Alpha? A mí me queda claro que yo confié en ti mucho más que tú en mí.

Entonces se dio la vuelta y se marchó de la habitación.

Alpha se quedó pensativa. Aspiró con fuerza el aire y decidió que lo mejor que podía hacer por el momento era volver al trabajo y mantenerse ocupada y seguir impresionando a los invitados.

Consultó su reloj. Era casi la hora de empezar a soltar nieve con las

máquinas que había instalado en el techo. Con ayuda de las luces, el salón de baile se transformaría en un maravilloso y mágico paisaje invernal.



## Capítulo Ocho

–¿Seguro que no quieres venir a casa a cenar, Riley? Con la tormenta que hay en camino puede que sea la última vez que tomes comida casera en una buena temporada –dijo Dillon.

–No, gracias –respondió Riley, que estaba frente a la ventana mirando hacia fuera. No había empezado todavía a nevar, pero según las predicciones no tardaría mucho–. No sería una buena compañía en este momento.

–Así que Pam y Chloe tenían razón. Hay problemas en el paraíso –aseguró Dillon–. Pues déjame que te diga una cosa: la gente enamorada a veces discute.

–¿Quién dice que yo estoy enamorado? –preguntó Riley a la defensiva.

–Yo. Y no intentes negarlo. He visto cómo Alpha y tú os evitabais en la fiesta. Ha pasado más de una semana. ¿No crees que ya es hora de que os deis un beso y lo arregléis?

Riley puso los ojos en blanco.

–Es demasiado complicado, Dillon.

Un poco más tarde, tras aquella conversación con su hermano mayor, Riley estaba en la cocina sirviéndose una taza de café y pensando que a veces era mejor hacer recuento de las pérdidas, seguir adelante y no mirar atrás.

Estaba a punto de sacar algo de la nevera para cenar cuando llamaron a la puerta. No tenía que preguntarse de quién se trataba, seguramente sería Bailey. Había llamado dos veces para decir que si no asistía a la comida familiar iría a buscarle. Abrió la puerta y se encontró a un ser cubierto hasta las orejas con un enorme abrigo blanco.

–¿Alpha? –preguntó acercándose para ver de quién se trataba.

–¿Puedo entrar? Hace mucho frío aquí fuera –le pidió ella.

–Ponte al lado de la chimenea –le ordenó Riley echándose a un lado para que pasara.

Se quedó mirando cómo se quitaba el abrigo, los guantes, el gorro de esquí, otro abrigo y dos jerséis. Finalmente se quedó con unos pantalones ajustados blancos y un bonito jersey de cuello de tortuga. Estaba muy guapa. Riley tragó saliva y dijo:

–Voy a prepararte una taza de café para que entres en calor.

Riley entró la cocina y trató de calmarse mientras le servía un café. No había vuelto a verla desde la fiesta, pero no había dejado de pensar en ella ni un instante, ni siquiera dormido.

Alpha odiaba el frío, así que tenía que haber una buena razón para que se presentara en su casa en el día más frío del invierno hasta el momento.

–Toma –dijo ofreciéndole la taza de café–. Dime, Alpha, ¿qué haces aquí?

–Quería hablar contigo. Pensé en llamarte, pero supuse que no me contestarías.

Y había supuesto bien.

–¿Qué más hay que decir? Yo confié en ti más que tú en mí.

–No es una cuestión de confianza, Riley. Teníamos un acuerdo. Admito que no te he contado muchas cosas, pero he guardado mis secretos porque lo nuestro solo era una aventura –Alpha tomó asiento en el sofá y él hizo lo mismo en una silla frente a ella.

Tras una breve pausa, Alpha empezó a hablar.

–Mi hermana gemela, Omega, dejó la universidad el primer año cuando conoció a un hombre mayor que ella en una discoteca. La convenció de que podía ser modelo –le dio un sorbo a su café–. A mis padres no les gustó nada la idea de que dejara la universidad. No supieron nada de ella durante meses, pero yo sí sabía dónde estaba. Y supe antes que nadie que lo que aquel hombre le proponía no era un trabajo de modelo sino de actriz porno. No la obligó a nada, Omega podría haberse marchado en cualquier momento, pero decidió seguir. Para ella no era más que un trabajo bien pagado.

–¿Sabían tus padres lo que estaba haciendo? –preguntó Riley.

–No, y tanto Omega como yo pensamos que no lo sabrían nunca. Ella vivía en California y se hizo popular en la Costa Oeste, mientras que mis padres vivían en Florida en un ambiente religioso. Pensamos que la gente que iba a la iglesia no veía porno, pero nos equivocamos. Al parecer unos amigos de mis padres sí, así que imagino que no tardarían en contarlo por ahí. Mis padres se enteraron enseguida. Alguien les dejó incluso un DVD en el buzón. Eso provocó un enorme escándalo que avergonzó a mis padres. Algunos de sus amigos dejaron de socializar con ellos y durante un tiempo perdieron clientes en la clínica. Trataron de hablar con Omega, por supuesto, pero lo hicieron mal, con reclamos que solo sirvieron para que ella se pusiera a la defensiva. Al final amenazaron con retirarle la palabra si no dejaba lo que estaba haciendo y volvía a casa. También me

prohibieron a mí que hablara con ella, pero me negué.

–Supongo que eso no les gustaría.

–No– reconoció Alpha haciendo una pausa para darle otro sorbo a su taza de café–. Pero finalmente me dejaron en paz. Solo me pidieron que no volviera a mencionar a Omega delante de ellos. Unos años más tarde conocí a un tipo llamado LeBron. Salimos durante seis meses y yo pensé que todo iba bien hasta que una noche se me presentó con una de las películas de mi hermana y dijo que era fan suyo desde hacía un par de años. Me dijo incluso que se acercó a mí porque creyó que era ella. Y cuando descubrió que no, pensó que tendría lo más parecido a Omega. Quería que imitara lo que ella hacía en el DVD. Quería llamarme Omega cuando hacíamos el amor. Me negué, se marchó, y al día siguiente llamó para decir que habíamos terminado.

Alpha guardó silencio un largo instante.

–Un año más tarde conocí a Eddie cuando llevó a su perra a la clínica. A mí me costaba trabajo volver a confiar en un hombre, pero cuando llevábamos un tiempo saliendo le conté todo. Me dijo que le daba lo mismo cómo se ganara Omega la vida.

–Parece un tipo razonable.

–Eso pensé yo, y cuando me pidió que me casara con él estuve de acuerdo. Todo iba bien hasta que alguien les envió a sus padres un DVD de Omega. Estaban abatidos y le exigieron que terminara su relación conmigo. Él se negó, pero le presionaron para que al menos me convenciera para que dejara de hablarle a mi hermana.

Alpha bebió un poco más de café.

–Yo me negué y él canceló la boda una semana antes del día de la ceremonia –hizo una pausa, como si le avergonzara recordar aquella época–. Aquello supuso una nueva vergüenza para mis padres, que además pensaban que debía hacer lo que Eddie me pedía. Así que decidí marcharme lo más lejos posible, y eso me trajo a Denver.

Riley se inclinó hacia delante.

–Así que cuando viste el DVD en mi cajón pensaste que yo era otro LeBron o que podría ser otro Eddie.

–Sí. Mi hermana dejó el porno hace unos años, pero la gente tiene mucha memoria y ella era muy conocida. En algún viaje de trabajo se me han acercado hombres preguntándome si yo era Omega y si les firmaba un autógrafo.

Alpha volvió a hacer otra pausa.

–Sigo sin entenderlo. Dijiste que supiste al instante que no era yo, pero me resulta difícil de entender porque la mayoría de la gente no nos diferencia.

–Lo primero en lo que me fijé fue en el tinte del pelo –aseguró Riley–. Tú me dijiste una vez que nunca te habías teñido y estaba claro que la mujer de la carátula sí. Y luego me fijé en que tenía un lunar en el interior del muslo derecho y tú no. Ni tampoco tienes un tatuaje en el ombligo.

Alpha asintió.

–Siento haber llegado a conclusiones erróneas, Riley, pero habíamos decidido tener una relación únicamente sexual porque lo último que yo deseaba era tener algo serio con alguien. Lo intenté dos veces con anterioridad y no salió bien. Estoy muy unida a mi hermana y eso no va a cambiar.

–Y yo me alegro.

Alpha pareció sorprendida.

–¿De veras?

–Sí, y me duele que piensas que no sería así. La familia es lo más importante para mí, Alpha. Creo que es muy triste lo que tus padres le han hecho a tu hermana. Nadie es perfecto. Y yo nunca te habría juzgado a ti por lo que hacía tu hermana ni te hubiera presionado para que no tuvieras contacto con ella.

–Eso lo veo ahora, pero en su momento no estaba segura y no quise arriesgarme.

–¿Me crees ahora? –le preguntó Riley sosteniéndole la mirada. Era muy importante para él que le creyera.

–Sí –murmuró Alpha.

Él asintió, satisfecho con la respuesta.

–Ahora que hemos aclarado tu asunto vamos a hablar del mío.

Un escalofrío de miedo le recorrió la espina dorsal a Alpha. Se preguntó a qué asunto se estaría refiriendo.

–De acuerdo.

Riley se levantó despacio de la silla y avanzó unos cuantos pasos por delante de la chimenea. Estaba muy sexy vestido con vaqueros y un jersey. Alpha le vio moverse y cada paso que daba le provocaba un nuevo nudo en el estómago.

–Te he contado la historia de Bane y Crystal. Lo que no te dije fue cuánto me

afectó a mí. Bane amaba a Crystal con una pasión arrebatadora. Fui testigo del dolor que le atravesó cuando les separaron. Todavía puedo ver ese dolor cuando vuelve a casa y pregunta por ella o menciona su nombre. Un amor tan salvaje me aterrorizaba. Nunca quise algo así para mí. Nuestras vidas quedaron truncadas cuando perdimos a nuestros padres en aquel accidente aéreo. No quería imaginar lo que debía ser enamorarse de una mujer y pasar por un dolor así si ella moría o me veía obligado a separarme de ella.

Riley tomó asiento de nuevo.

–Así que nunca me planteé tener una relación seria con ninguna mujer. Hasta que apareciste tú. Contigo me ha costado mantener mis sentimientos a raya, y me he visto deseando cosas que no debería desear.

–¿Qué estás diciendo? –le preguntó con dulzura.

–Estoy diciendo que aunque yo no quisiera esto dejó de ser para mí algo más que sexo sin compromiso durante nuestro viaje a Memphis. Quise decírtelo entonces pero no quería presionarte. Así que decidí darte una pista. Por eso te llevé a conocer a mi familia. Ellos lo pillaron, pero tú al parecer no.

–Oh –fue lo único que pudo decir Alpha.

–Creo que los dos teníamos recelos sobre dar un paso más en nuestra relación –continuó él–. Así que ahora quiero dejar claro lo que quiero. Te quiero a ti, Alpha, y no solo de un modo físico. Te amo tanto que me asusta. ¿Quieres casarte conmigo?

–Solo si tenemos un noviazgo largo. Debemos construir nuestra relación, desarrollar la comunicación abierta y la confianza. Y además, no podemos casarnos antes del gran día de Megan, que es en junio.

Riley asintió.

–Entonces decide tú cuándo y yo estaré ahí. Te amo y quiero pasar el resto de mi vida contigo. ¿Sabes lo que estoy pensando? Que nuestra noche de invierno particular debería empezar ahora mismo –aseguró estrechándola contra sí–. ¿Qué me dices?

Alpha le rodeó el cuello con los brazos.

–Lo que digo es: que empiece la fiesta.

Riley la tomó en brazos y la subió al dormitorio con la intención de que así fuera.

## Epílogo

*Un precioso día de junio*

Riley tomó a Alpha del brazo cuando pasó corriendo delante de él y la llevó detrás de una maceta gigante para robarle un beso rápido.

–Eh, para un poco. ¿Cuánto tiempo tengo que esperarte?

Alpha le rodeó el cuello con los brazos.

–El suficiente para que Megan y Rico corten la tarta. ¿Verdad que hacen una pareja preciosa?

–Sí, y gracias a ti ha sido una boda de cuento de hadas. Te has superado a ti misma. Todo ha sido perfecto.

–Tú eres perfecto –y lo decía en serio.

Durante los últimos seis meses Riley y ella habían ido construyendo una relación cada vez más fuerte. Había conseguido convencerla para que fuera a esquiar con él a Aspen en enero, y como prometió, la mantuvo calentita. No le había pillado el tranquillo a eso del esquí pero las veladas pasadas entre sus brazos frente a la chimenea le habían proporcionado más noches de invierno de las que disfrutar.

Riley había volado hasta Daytona Beach en las vacaciones de Pascua para conocer a sus padres. Antes de eso había invitado a Omega y a su marido a la fiesta sorpresa que le había preparado a Alpha a finales de febrero para celebrar el premio que le habían concedido como pequeña empresaria del año. A Riley le cayeron muy bien su hermana y Marlon, su marido. Ya estaban haciendo planes para ir a visitarles a París, sobre todo ahora que Omega estaba embarazada. Alpha nunca había visto a su hermana tan feliz y radiante.

Se miró el precioso anillo que llevaba puesto. Habían decidido casarse en agosto, y estaba deseando convertirse en la señora de Riley Westmoreland.

Alpha también sabía que durante su estancia en Daytona Riley había hablado con sus padres y les había dicho que la apoyaba completamente en su relación con su gemela y que esperaba que algún día pudieran retomar el contacto con su hija. Alpha se enamoró todavía más de él en aquel momento.

El sonido de unas risas hizo que Alpha se girara para mirar a la pareja de recién casados. Acababan de cortar la tarta.

Ella sonrió.

–Tengo que volver –le susurró a Riley antes de darle un beso en la mejilla–. Mi trabajo no habrá terminado hasta que Megan y Rico se vayan de luna de miel – miró a su alrededor, hacia los Westmoreland de Atlanta, Montana y Texas que había conocido en los últimos días. Se sentía afortunada de entrar a formar parte de una familia tan cariñosa y grande.

Sonrió al ver a Pam y a Dillon con su hija, que había nacido el día de Navidad. Era toda una belleza.

Entonces vio al hermano de Riley, Bane, al que había conocido aquel mismo día. Era un hombre guapísimo, pero aunque siempre estaba sonriendo detectó una tristeza en sus ojos. Ahora entendía la razón por la que Riley no quería sentir el mismo dolor que su hermano.

–¿Alpha?

Alzó la vista para mirar a Riley. Él bajó al instante la boca hacia la suya y la besó con un deseo que ella no pudo evitar corresponder. Capturó la lengua con la suya y empezó a hacer toda clase de cosas escandalosas con ella.

Cayó entonces en la cuenta de dónde estaban y lo que se suponía que debía estar haciendo. Hizo un esfuerzo por apartar la boca de la suya, dio un paso atrás y aspiró con fuerza el aire.

–¿No te han dicho que no puedes ir por ahí liándote con la gente que trabaja para ti? –bromeó.

–No, y además no escucharía a quien me lo dijera. Tengo una venda en los ojos en lo que a ti respecta –se acercó otra vez a ella y apretó el cuerpo contra el suyo.

Alpha sintió su erección fuerte y dura.

–Me voy, y creo que tú deberías quedarte detrás de esa maceta hasta que te recuperes.

Riley se rio.

–Mientras tú estés cerca no me recuperare nunca... a menos que compartas cama conmigo. Y he estado pensando. Tuvimos nuestra noche de invierno, ¿qué te parece si tenemos una noche de verano? –le preguntó inclinándose para mordisquearle los labios.

-Riley -susurró ella-, tengo que volver a la boda. Megan va a despedirme.

-Y yo te contrataré para que organices mi boda -dijo deslizándole la boca por el cuello.

-Compórtate -le pidió Alpha apartándose otra vez de sus brazos.

-Solo si me prometes que en cuanto acabe la boda te reunirás conmigo en la estación de Riley para nuestra celebración particular.

Ella alzó la vista para mirarle. Tenía un millón de cosas que hacer, pero Lindsey era una gran ayudante y podía encargarse.

-De acuerdo, te lo prometo.

Se marchó a toda prisa pero no pudo evitar mirar hacia atrás. Era una mujer con suerte, y más tarde aquella noche, cuando hubiera acabado con Riley Westmoreland, él también estaría convencido de ser un hombre de suerte.